

# TRASMALLO

Identidad \* Memoria \* Cultura

3

# 1932



PASADO

Quando ves el  
PASADO  
también puedes ver el  
FUTURO

**Director:**  
Carlos Henríquez Consalvi

**Redacción:**  
Georgina Hernández  
Milton Doño

**Diseño Gráfico:**  
Anke Rafflenbeul  
Carlos Colorado

**Archivo:**  
Jakelyn López

**Distribución:**  
Ivon López  
Chiyo Vásquez

27 Avenida Norte, # 1140,  
Urb. La Esperanza  
San Salvador, El Salvador

PBX: (503) 2275-4870

mupi@museo.com.sv  
www.museo.com.sv

Edición con apoyo de IAF

# TRASMALLO

Identidad \* Memoria \* Cultura

3

**Número 3, 2008**

ISSN 1817-5724

## Carta del Museo

Durante cuatro años el **Museo de la Palabra y la Imagen** acompañó el esfuerzo que el historiador **Jeffrey Gould** y el periodista **Carlos Henríquez Consalvi** realizaron en la zona occidental de El Salvador, rescatando las voces anónimas de los ancianos sobrevivientes al etnocidio cometido por las tropas del General Hernández Martínez contra las comunidades indígenas en 1932.

De esta iniciativa surgió el documental audiovisual “**1932, cicatriz de la memoria**” el cual se ha proyectado en todo el país en cine foros y talleres de memoria histórica, así como exhibido en eventos internacionales.

Investigando sobre el impacto cultural que originó la masacre de 1932 en esas comunidades, el MUPI realizó hallazgos que nos permitieron realizar la exposición “**Memoria de los Izalcos**”, la cual reconstruye la memoria ancestral de hace cien años en las comunidades indígenas del occidente del país a fines del siglo XIX.

Con esta edición de la Revista Trasmallo, de nuevo perseveramos en esta línea investigativa, presentando uno de los capítulos del libro escrito por **Jeffrey Gould** y **Aldo Lauria Santiago**, una acuciosa investigación con importantes contribuciones para esclarecer los sucesos de 1932, las cuales aportan claves para comprender las históricas convulsiones sociales que se han vivido en El Salvador, surgidas como respuesta al autoritarismo, la exclusión, e incluso la discriminación étnica que han sufrido las comunidades, quienes hoy comienzan a retomar su voz, exigiendo los derechos económicos, políticos y culturales a los que tienen legítimo derecho.



# "Mataron justos por pecadores": "Mataron justos por pecadores": "Mataron justos por pecadores":

Las masacres contrarrevolucionarias  
Las masacres contrarrevolucionarias

Por Jeffrey Gould y Aldo Lauria Santiago





Cafetaleros observando a las víctimas.

“Ofrecieron una contraseña y la contraseña fue balas”.  
Raimundo Aguilar, Cusamuluco, Nahuizalco.

Hace mucho que la historiografía de Latino América ha reconocido como uno de los actos represivos más sangrientos en la historia moderna de la región, a la masacre de miles de campesinos en el occidente de El Salvador. A pesar de su destacado lugar en el salón de la infamia continental, las descripciones existentes de la represión son un tanto fragmentarias, por lo cual algunas cuestiones claves permanecen sin ser resueltas. ¿Por qué los militares recurrieron a la matanza masiva después de haber sofocado la insurrección? Ya que los estimados del número de fusilados varían desde un mínimo de varios miles, hasta un máximo, que se repite a menudo, de treinta mil, ¿podemos llegar a una aproximación más exacta? ¿Cuál fue el papel del racismo específicamente anti-indígena en los asesinatos? En años recientes los activistas han usado los términos “genocidio” y “etnocidio” para describir los eventos de 1932.<sup>1</sup> ¿Fue genocida esta represión? ¿Cómo se las representaron y entendieron estas masacres los diferentes sectores de la sociedad? Ofreceremos algunas respuestas tentativas a estos asuntos a través de un detallado relato de los eventos. En un intento por comprender cómo los sobrevivientes llegaron a conceptualizar la represión, examinaremos la

aparición de la frase mataron justos por pecadores, una expresión evocadora y colectiva que repitieron docenas de informantes.

Una coalición contrarrevolucionaria, que involucraba a grupos élite de hacendados, cafetaleros de plantaciones de tamaño medio, ganaderos, la iglesia y el ejército, surgió antes de la insurrección. Quizás las palabras de un mediano agricultor sean representativas de su clase: “Los agricultores no aguantamos que nos toquen los intereses... es inadmisibles que nos toquen los intereses, y esto no lo

¿Fue genocida esta represión?  
¿Fue genocida esta represión?

soportamos bajo ninguna razón o circunstancia o bajo pretexto alguno. Aquí estoy preparándome para defenderme, defender mi propiedad y defender a mi mujer”.<sup>2</sup> Además de esta reacción visceral en contra de cualquier amenaza a su propiedad, los componentes élite de la contrarrevolución compartían un ethos, o carácter aristocrático, que desdénaba a los indígenas y a los campesinos, y los tenía como semi-

bárbaros: “la clase baja vive y piensa como vivían y pensaban los siervos romanos. Forman una capa, infinitivamente baja y remota, que no sienten ninguna necesidad de instruirse, ni de curarse...”<sup>3</sup>

Bajo la amenaza de una revolución agraria, esta defensa de los intereses materiales y el desdén racista hacia los pobres rurales sería una combinación mortal. También hubo un derivado ideológico de la represión que funcionó como una ventaja para el régimen de Martínez. Luego de la derrota de la insurrección, Gabino Mata, un ganadero y cafetalero, esbozó esta posición en los siguientes términos: “No queremos los agricultores honrados, los verdaderos trabajadores, política impura, queremos unión, confraternidad, paz y trabajo. Los políticos en el futuro deberán de ser tratados como comunistas”.<sup>4</sup> El énfasis puesto sobre los patronos como “productores”, junto con el llamamiento de limpiar a la sociedad de “políticos”, eran gestos retóricos típicos del fascismo.<sup>5</sup> A pesar de que sería un error equiparar estas expresiones ideológicas relativamente incipientes, y las indefinidas alianzas, con un maduro movimiento e ideología contrarrevolucionaria,



es difícil imaginar que el régimen de Martínez trazara su rumbo sanguinario sin esas amarras ideológicas y tácticas.<sup>6</sup>

Aunque era bastante dramático el cambio desde un papel relativamente neutral en las huelgas de diciembre hasta la violencia y la provocación de enero, eso no probaba que fuera inminente una masacre a gran escala. La estrategia de provocación del régimen militar sugiere que en efecto planeaba aplastar a la izquierda hasta la sumisión. Con el descubrimiento de los planes insurreccionales del PCS, el régimen seguramente subió su apuesta y se preparó para ejecutar a sus identificables antagonistas. Aun así, no habría existido una lógica particular (ni una evidencia) que fortaleciera un plan para masacrar a indígenas desarmados, campesinos y trabajadores, y que utilizara a la insurrección como un pretexto.

El 24 de enero los militares comenzaron su campaña, la cual duró más de un mes. Para aproximarse mejor a las distintas causas y métodos de las masacres, es analíticamente

útil un desglose entre las distintas etapas de la represión, aun cuando la realidad histórica estuviera mucho más matizada. La etapa I se refiere a las secuelas que siguieron a la derrota de la insurgencia, el período durante el cual la intensa persecución militar coincidió con la ejecución



“En Nahuizalco fusilaron a todos los varones mayores de catorce.”

de miles de personas. La etapa II se refiere a las semanas entre la derrota militar de la insurgencia, el 25 de enero, y el 13 de febrero, tiempo durante el cual se dieron dos masacres a gran escala dentro de las fronteras municipales de Nahuizalco. La etapa III coincidió con la etapa II, pero abarcó un área geográfica mucho más extensa. Desde el 25 de enero hasta finales de marzo, el ejército y los Guardias Civiles escogieron a muchas de sus víctimas por medio de listas de votantes comunistas o listas de afiliados del SRI.

## Etapa I: La derrota militar y las masacres

La primera fase fue extremadamente violenta, llegando en ella a contabilizarse miles de muertos. Aunque es difícil estimar el número de muertes ocurridas en estos días de combate y su secuela inmediata, la afirmación del general Tomás Calderón de que sus tropas habrían liquidado a 4,800 “bolcheviques” parece ser bastante exacta, ya que coincide con otros estimados parciales.<sup>7</sup> Como vimos en el capítulo 6, esta etapa de represión involucró principalmente a Guardias Nacionales quienes hicieron un abundante uso de ametralladoras para derrotar a las fuerzas insurreccionales. El ejército regular, contando con reclutas del oriente de El Salvador (ante todo ladinos), unió sus fuerzas con la Guardia.<sup>8</sup> En todas las batallas, las fuerzas del gobierno

derrotaron a los insurgentes en tres horas o menos de combate. Luego de derrotarlos, la Guardia Nacional persiguió a los rebeldes en retirada, hasta el campo. Durante la intensa persecución las tropas se dedicaron a menudo a la matanza indiscriminada de varones por arriba de los doce años. En Tacuba también asesinaron a mujeres y niños. Los campos de matanza estaban en las áreas que circundaban los principales sitios de rebelión: el campo alrededor

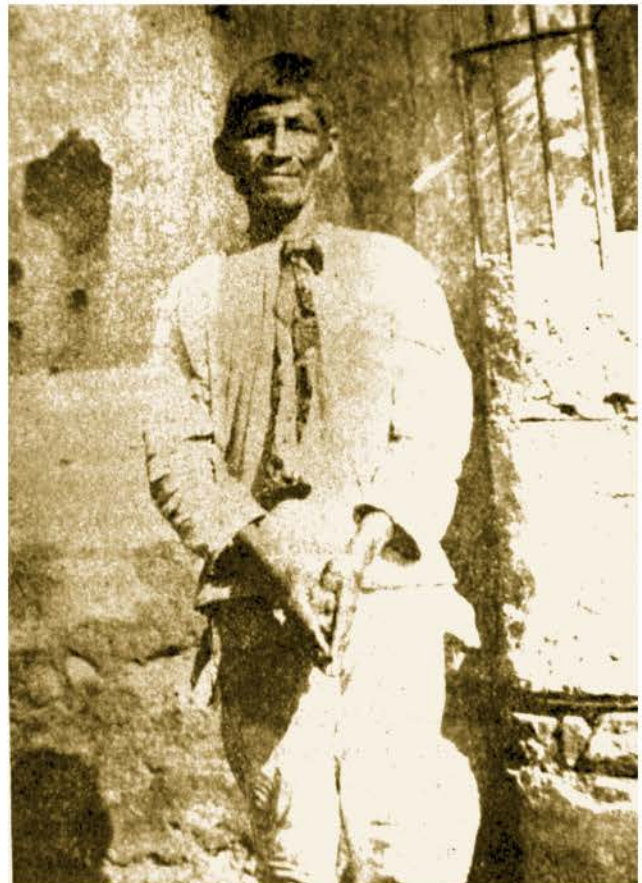
## Zanjas en los cementerios. Zanjas en los cementerios.

de Ahuachapán (principalmente no indígena), Tacuba (indígena en gran parte), Juayúa (indígena en gran parte), Nahuizalco (indígena), Izalco (bi-étnico), y la Cumbre de Jayaque (algo indígena, principalmente auto-identificados como no-indígenas).

Las áreas rurales alrededor de Ahuachapán, Juayúa, Tacuba, Izalco y Nahuizalco sufrieron el número más alto de muertos, probablemente varios miles durante estos críticos primeros días. Como escribiera un oficial militar dos décadas después: “Las ametralladoras empezaron a sembrar el pánico y la muerte en las regiones de Juayúa, Izalco, Nahuizalco, Colón, Santa Tecla, el Volcán de Santa Ana, y todos los pueblos ribereños desde Jiquilisco hasta Acajutla, hubo pueblos que quedaron arrasados completamente y los obreros de la capital fueron diezmados bárbaramente...”<sup>9</sup> En el campo de los alrededores de Nahuizalco y Juayúa, según palabras repetidas por docenas de informantes, “mataron a todos los varones desde los doce años para arriba”. Un artesano ladino, nahuizalqueño, contó: “Bueno en ese momento que dentaron las fuerzas del gobierno, allí no andaban preguntándole a nadie que lo encontraban, ¿verdad? Sino que era cuestión de matarlos...”<sup>10</sup> Durante los días que siguieron a la recuperación militar de los pueblos ocupados, las tropas perpetraron masacres de grupos de indígenas desarmados. En Nahuizalco, los militares ejecutaron probablemente a más de dos mil personas. Cayetana Flores, una mujer indígena de Anal Arriba, recordó: “Comenzaron a sacar a la gente casa por casa y se los llevaron más allá. Cuando tenían a todos los de Anal Arriba se los llevaron a Nahuizalco. Les dispararon a todos”.<sup>11</sup> Ramón Esquina, quien para entonces tenía nueve años, recordaba escenas vívidas y les incorporaba

información partiendo de conversaciones sostenidas con sobrevivientes: “Por aquí los muertos estaban esparcidos por todos lados —bueno, ahora todos se han convertido en tierra— los cadáveres estaban por todos lados en San Juan, Tajcuilulah, Pushtán, Cusamuluco. En Nahuizalco, bueno, ahí ni se imagina cómo estaba: abrieron zanjas en los cementerios, a los lados y en la entrada por donde uno ingresa; por todos lados hicieron grandes hoyos. Dejaban caer los cuerpos después de dispararles y los tiraban como si fueran sacos de caña”.<sup>12</sup> Mientras Ramón Esquina profería estas palabras, hacía gestos con los brazos como si estuviera tirando fardos de caña, sugiriendo una tecnología industrial de la muerte. Menos que humanos en vida, en la muerte los indígenas continuaban siendo sólo objetos e instrumentos de trabajo.

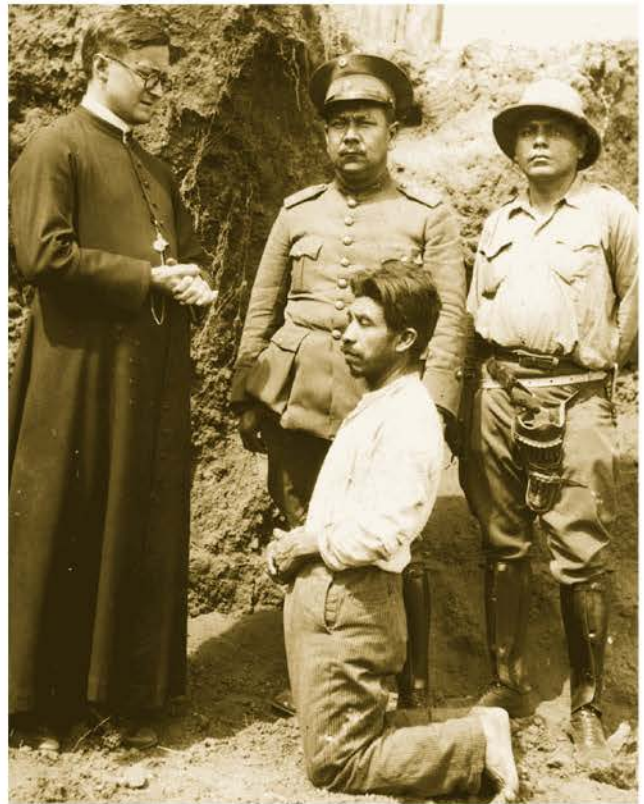
En Sonzacate, el escenario de una feroz batalla entre los insurgentes y el ejército, Fabián Mojica, quien en ese momento se hallaba en prisión en Cojutepeque, relató lo siguiente, basándose en conversaciones con sobrevivientes: “Cuando este tipo se encontró con los agentes, dijo que “Acá en Sonzacate desde la primera hasta la última casa era comunista. En la primera casa vivía el Sr. Figueroa. Lo sacaron a empujones y le dispararon. Y en la segunda casa fue lo mismo, y así siguieron”.<sup>13</sup>



Feliciano Ama, líder indígena de Izalco al ser capturado por las tropas punitivas y luego colgado en una ceiba de la población de Izalco. Enero, 1932.



En la ciudad de Sonsonate se presenciaron asesinatos tanto indiscriminados como selectivos.<sup>14</sup> Entre las víctimas de las ejecuciones documentadas se incluyen a dos hermanos de Mojica, quienes estaban en la cárcel. El oficial a cargo reporta que se dieron estas ejecuciones en respuesta a un intento de escape; pero los testimonios orales apuntan a un pelotón de fusilamiento que ejecutó a aquellos prisioneros que habían sido capturados luego de los eventos del 17 de mayo de 1931. Veinticinco certificados de defunción siguen este patrón: “Partida No 70. Alcaldía municipal Sonsonate a veintisiete de enero de mil novecientos treinta y dos. Felipe Mendoza falleció en las cárceles públicas a la una hora y treinta minutos de hoy, de herida de arma de fuego sin asistencia médica”. “Partida No 76. Alcaldía municipal Sonsonate a veintisiete de enero de mil novecientos treinta y dos. Jorge Purito falleció en las cárceles públicas a la una hora y diez minutos de hoy, de herida de arma de fuego sin asistencia médica”. Varios de esos ejecutados habían sido líderes importantes en el SRI: “Partida No 65. Alcaldía municipal Sonsonate a veintisiete de enero de mil novecientos treinta y dos. Gregorio Cruz Zaldaña, carpintero, falleció en las cárceles públicas a la una hora, de herida de arma de fuego sin asistencia médica”. Julián Ortiz, el líder



Francisco Sánchez, antes de su fusilamiento.



indígena nahuizalqueño, y Manuel Mojica, el líder del SRI y hermano de Fabián y de Julia “La Roja”, estaban entre los otros que murieron con menos de media hora de diferencia entre ellos, “tratando de escapar”.

Sotero Linares, un campesino ladino de un cantón de Izalco que había sido tomado por los insurgentes, recordó cómo acompañó a las patrullas que peinaban los cafetales en busca de insurgentes, a quienes luego se los enviaría a Izalco, en donde muy probablemente serían ejecutados. Los informantes y las fuentes escritas declaran que por varios días, en Izalco, las tropas ejecutaron a grupos de cincuenta prisioneros, en su mayoría indígenas. El comandante canadiense del Skeena, Brodeur, basado en el contacto próximo que sostenía con el ejército en el occidente, reportó que mil doscientos “indios” fueron muertos en Izalco.<sup>15</sup>

En las zonas colindantes a Juayúa, el Reverendo Roy MacNaught relataba una conversación con un propietario de una finca de café: “Unos pocos días después, un propietario de una finca vino y me contó de la muerte de otro creyente. Este hombre, Don Guadalupe Delarosa, estaba en un cafetal con un grupo de trabajadores. Los soldados llegaron. Entre el grupo había algunos que sí eran comunistas, y éstos acusaron a los otros. Sin mediar palabras, los soldados alinearon a todo el grupo, veintidós en total, y los ejecutaron en el acto”.<sup>16</sup> Este reporte era atípico en cuanto que se centraba sobre los “creyentes” protestantes, y en cuanto a su admisión de que fueron ejecutados campesinos “inocentes”. Más aún, también representa un punto de origen de la noción de que los verdaderos “comunistas” delataban a los campesinos inocentes. Este mito de traición comunista, la noción de que los líderes comunistas abandonaban o delataban a sus seguidores, no tenía base en los hechos. No es de sorprenderse que cuando el ejército había derrotado a las fuerzas insurgentes, los líderes y las tropas huyeran para salvar sus vidas. Francisco Sánchez, por ejemplo, se las arregló para escapar desde Juayúa hasta tan lejos como San Pedro Puxtla, en la frontera de los departamentos de Ahuachapán y Sonsonate. La mayoría de los insurgentes que sobrevivieron a los iniciales intercambios de fuego, en cierto momento también intentaron escapar de la masacre.

El ejército capturó y ejecutó a muchos otros líderes locales, en Ahuachapán y en otros lugares. Hay un recuerdo contrapuesto que evoca el trágico estoicismo de un líder local. María Méndez recuerda cómo Augusto Sarmiento, un líder izquierdista ahuachapaneco, gritó a los espectadores mientras era llevado en un vehículo abierto hacia un pelotón de fusilamiento: “¡Adiós, mis camaradas!”.<sup>17</sup> Sin embargo, tales recuerdos de líderes (significativamente, en este caso, de una zona ladina) estaban ampliamente ausentes en las zonas indígenas, reemplazados por una perspectiva consagrada en las frases pagaron justos por pecadores y mataron justos por pecadores. En otras palabras, quienes eran “culpables” escaparon y quienes eran “inocentes” murieron. El régimen militar, como veremos, promovió activamente esta visión de perfidia comunista e inocencia indígena.

La orgía de sangre era igualmente intensa en el departamento de Ahuachapán, tanto en zonas ladinas como en indígenas. Miguel Mármol refirió el siguiente testimonio procedente de las tierras altas de Ahuachapán (una zona principalmente no indígena): “Un conductor, quien años después se unió al Partido... nos contó una historia sobre cuando estaba trabajando en un cafetal... el 26 o 27 de enero fue forzado por un destacamento del ejército a conducir un camión que tenía una ametralladora montada en la cabina. En la parte de atrás iba un escuadrón

de soldados con armas automáticas. Salían a patrullar... y sobre cualquier grupo de campesinos que encontraban en su camino, sin importar si iban sólo hablando o caminando, sin advertencia previa, desde una distancia de treinta metros o más, descargaban sus ametralladoras y demás armas de menor calibre. Después, el capitán que estaba a cargo, con una .45 en su mano, forzaba a nuestro camarada campesino a continuar conduciendo el camión hasta pasarles encima,

“¡Adiós, mis camaradas!”  
¡Adiós, mis camaradas!

incluyendo a los moribundos que se retorcían de dolor sobre el suelo, gritando”.<sup>18</sup> De acuerdo a varios informantes, el ejército llevaba a muchos de los capturados a Los Ausoles, un sitio de manantiales termales en las afueras de la ciudad de Ahuachapán, en donde los mataban.<sup>19</sup>

En Tacuba, una mujer recuerda: “Mire, ahí hasta las casas las dejaban de cementerios, ¡horrible!”. Varios testigos afirman que las tropas abrieron fuego sobre ranchitos, matando a mujeres y niños, como no hicieron en ningún otro lugar. Aunque sólo podemos especular, el alcance del dominio izquierdista y la intensidad de la resistencia insurgente probablemente provocaron el





“Si estaban en las listas, los fusilaban”

exceso de barbarie. Durante los días que siguieron de manera inmediata a la derrota militar de la insurgencia, las tropas también asesinaron indiscriminadamente a ladinos campesinos en los cantones tacubefios identificados como izquierdistas, como Los Arcos. No obstante, en general la matanza en esta etapa no tenía directamente nada que ver con la identificación política. Ese punto lo dejó claro Álvaro Cortez, un indígena nahuizalqueño: “Mi padre era un patrullero [miembro de una patrulla civil organizada por el gobierno]; ellos no le pidieron una explicación, sólo le dispararon”.<sup>20</sup>

### La cuestión del genocidio

El registro documental y testimonial indica que si bien el ejército ejecutó a muchos ladinos durante la etapa I, la mayoría de sus víctimas fueron indígenas. La matanza indiscriminada de indígenas obliga a una discusión sobre genocidio. El uso anacrónico de conceptos, a menudo se vuelve problemático. Sin embargo, en lo que respecta al término “genocidio” desarrollado durante la Segunda Guerra Mundial, pocos disputarían su aplicabilidad a los asesinatos en masa en Armenia. No obstante, en otros casos como las masacres de indios en el oeste de los Estados Unidos, el uso del término se complica debido al hecho de que la represión en masa y la conquista formaron los

componentes de una política de largo plazo que osciló entre la asimilación forzada y la aniquilación. De forma similar, en el caso de la esclavitud afro-americana, el uso del término “genocidio” se ha politizado. Dado el precedente del pago alemán de resarcimiento a las víctimas del Holocausto y sus familias, una admisión de genocidio a menudo hace surgir el asunto de las indemnizaciones. Esto también es cierto con La Matanza: desde los Acuerdos de Paz de 1992, el uso del término “genocidio” para describir los asesinatos de 1932 se ha vuelto más ampliamente aceptado, y recientemente grupos indígenas han presentado una demanda para el logro de indemnizaciones.

La definición adoptada por la Convención de las Naciones Unidas sobre Prevención y Castigo del Crimen de Genocidio, enfatizó la intencionalidad: “la intención de destruir en ‘todo o en parte’ una raza, nacionalidad, religión o etnia”.<sup>21</sup> La Comisión de Esclarecimiento Histórico (CEH), la comisión de la verdad de Guatemala, subrayando la diferencia entre intención y motivo en la Convención de las NU, argumentó que el ejército había cometido genocidio a principios de los años 1980s. La intención depende del conocimiento de que ciertas acciones tendrán como resultado la parcial o completa destrucción de un grupo étnico. Para Greg Grandin, quien participó en la CEH y ha escrito sobre ella, el ejército guatemalteco cometió genocidio, sin importar su motivo (presumiblemente, destruir la base de la insurgencia), porque intentó matar a todos los indígenas en esas zonas que se consideraba eran áreas de apoyo

potenciales.<sup>22</sup> Cuando se publicó el reporte en 1999, la élite política y el ejército rechazaron el cargo de genocidio de la CEH, sosteniendo que el ejército no abrigó ningún deseo de exterminar a ningún grupo étnico (e.g., no tenía motivación para hacerlo, y los indígenas que estaban fuera de las zonas de conflicto fueron perdonados), y que había actuado principalmente movido por la seguridad nacional. Lo que hallaron Grandin y la CEH fue, por el contrario, que

## Carter suspendió la ayuda

“el racismo llegó a estar profundamente encastrado en las estructuras y los discursos del Estado... Los imperativos de la guerra, tanto civiles como de clase, precipitaron al nacionalismo, al anticomunismo y al racismo dentro una fusión asesina: como un ‘elemento ideológico contextual’, se escribe en la Memoria del Silencio, el racismo permitió al ejército igualar a los indígenas con los insurgentes y generó la creencia de que eran “distintos, inferiores, poco menos que humanos y alejados del universo moral de los perpetradores, haciendo su eliminación menos problemática”.<sup>23</sup>

Existen paralelos importantes y también diferencias significativas entre los dos casos. La duración, alcance y especificidad étnica de la represión guatemalteca la distingue de la represión de El Salvador. La campaña de Guatemala duró dos años y devastó cerca de 600 comunidades indígenas

de un total de 626 afectadas, asesinando probablemente a más de 100,000 indígenas, incluyendo a muchas mujeres y niños. La diferencia es fundamental, y habría sido mucho más difícil para la CEH concretar su convincente argumento de genocidio si los asesinatos, como en el caso de El Salvador, se hubieran concentrado en un mes y hubieran afectado también a numerosos no indígenas. Además, el ejército guatemalteco estaba por completo consciente de los precedentes y de la condena mundial del genocidio, y de la poderosa emergencia de un discurso de derechos humanos. De hecho, la administración del presidente Jimmy Carter suspendió la ayuda militar a Guatemala en 1977 debido a los abusos de los derechos humanos. El régimen salvadoreño de 1932, en una época cuando era desconocido el concepto de genocidio, y los derechos humanos estaban ausentes de cualquier agenda de prioridades diplomáticas occidentales, pudo actuar debido a la ignorancia o, al menos, con poco temor a las represalias internacionales.

A pesar de las desigualdades, existe suficiente evidencia en cuanto a que las masacres salvadoreñas escalaron a una forma de genocidio. No hay duda de que el régimen militar de Martínez alentó los asesinatos en masa con órdenes directas, o de que el racismo condicionó esas órdenes y su ejecución. Un oficial recuerda que Martínez dio “órdenes



extremadamente drásticas, sin ninguna restricción, a los jefes militares de la fuerza expedicionaria”.<sup>24</sup> De acuerdo a una historia de un oficial del ejército, “A los indígenas se les expuso a sangre y fuego. La implacable orden de Martínez era ‘no dar cuenta de...prisioneros’”.<sup>25</sup> Otra versión de la orden de Martínez era: “Primero fusilan y después averiguan”.<sup>26</sup> También existe escasa duda de que en esas regiones insurgentes en donde los indígenas representaban una parte significativa de la población, éstos fueron seleccionados para su ejecución. Con la notable excepción

de la derrota militar de la insurrección tuvieron mucho que ver con su proximidad geográfica con las batallas, y con la orden atribuida a Martínez: “¡No tomen prisioneros!”. Existía una dimensión geopolítica para la represión, como la había para la insurrección. Los indígenas eran más proclives a tomar ciudades como Tacuba, Nahuizalco, Izalco y Juayúa, en gran parte debido la exitosa campaña organizadora llevada a cabo entre los jornaleros de los cantones circundantes. La población indígena estaba, por tanto, militarmente posicionada y políticamente motivada

para rodear y tomar las cabeceras municipales. La mayoría de quienes atacaron los cuarteles en Santa Tecla, Ahuachapán y Sonsonate eran, no obstante, ladinos, y muchos de esos insurgentes pudieron retirarse sin que se diera una inmediata persecución.<sup>27</sup>

Por tanto, la primera fase de la represión implicó el asesinato a gran escala tanto de indígenas como de ladinos. A pesar de que hubo mucha mayor proporción de indígenas que de ladinos entre los muertos, esto resulta ser inferior a un bien perfilado caso de genocidio, precisamente porque la liquidación



Arriba: Terrateniente asesinado por insurgentes.  
Derecha: Juayúa, homenaje a Emilio Radaelli igualmente asesinado en enero de 1932.

de aquéllos que estaban en la zona de Ahuachapán y Atiquizaya, y hasta cierto punto en la Cumbre de Jayaque, la mayoría de las víctimas de la primera ola de ejecuciones eran indígenas, a pesar de que los ladinos probablemente componían la mitad de las fuerzas insurreccionales.

Para nuestros propósitos analíticos, la diferencia entre intento y motivo, planteada por Grandin y la CEH, es de importancia fundamental. A pesar de que no existe evidencia que sugiera que el régimen de Martínez haya específicamente planeado matar a indígenas por el hecho de ser indígenas, sostenemos que el efecto acumulativo de las masacres escaló a una forma de genocidio precisamente porque el ejército estaba al corriente de que las comunidades indígenas serían devastadas por las acciones militares. Dicho esto, es importante contextualizar las acciones del régimen, puesto que en sus consecuencias históricas, esta forma particular de genocidio fue bastante diferente de la experimentada en Guatemala, y por la que El Salvador habría sufrido si el régimen hubiera tenido la intención de aniquilar a la entera población indígena. En un nivel, los asesinatos en masa de indígenas inmediatamente después



era tal que ofrecía igualdad de oportunidades. El cargo de genocidio, aunque justificable y útil en lo que respecta a comunidades específicamente indígenas, se complica no sólo por el número de ladinos muertos en Ahuachapán, sino también por las indeterminadas identidades de muchas de las víctimas de los cantones de Izalco, Juayúa y Sonzacate, en donde probablemente miles de personas perdieron sus vidas. Muchos habían adoptado identidades no indígenas, o al menos habían perdido sus indicadores étnicos tradicionales. Sin embargo, desde el punto de vista de sus verdugos, todos los campesinos de piel oscura en



“A los inditos los lanzaban en zanjas, como pantes de caña”

esos cantones, y en Ahuachapán y La Libertad, eran indios, un término repleto de significaciones altamente cargadas y negativas, si acaso no ambiguas. Aunque el uso del término indio por parte de los ladinos era inequívocamente negativo, también era contextualmente inespecífico, puesto que atribuía una identidad fija a lo que estaba en continuo cambio. El comandante del Skeena, por ejemplo, identificó a la población rural pobre como indios, virtualmente sin excepción alguna. Puesto que mantenía contacto de manera exclusiva con los oficiales militares o representantes de la élite, es muy probable que éstos moldearan su entendimiento subjetivo de la raza, basado en el fenotipo y en el color de la piel. A pesar de que el comandante Brodeur no exhibió nada del racismo de sus conocidos, probablemente compartía con ellos sus puntos de vista acerca de los pobres rurales del occidente, considerándolos como indios, retrasados, ignorantes, haraganes y peligrosos. Si nos limitamos al entendimiento que tenía la élite de su propia superioridad racial y a su subjetivo entendimiento de raza como estando ésta determinada por el fenotipo y el color de la piel más que por la historia o la cultura, podemos afirmar que un grupo étnico, dirigido por oficiales generalmente ladinos de piel clara, ordenó la ejecución de gente a quienes vieron como más oscura, creyéndola “racialmente” inferior, aun cuando muchas de las víctimas se hubieran considerado a sí mismas como ladinos o no indígenas. En esta más amplia definición de raza y de racismo, el motivo principal del régimen —aplastar la insurrección e infundir miedo y

terror en los corazones y en las mentes de los pobres del campo— se fusionó con una intención enmarcada por el racismo y sobredeterminada por el odio de clases, con el resultado de que se mató a miles de personas en una forma de genocidio.

## Etapa II: Las masacres indígenas en Nahuizalco

La segunda fase de represión violenta fue inequívocamente genocida, pues se concentra de manera exclusiva sobre quienes se identificaban a sí mismos como indígenas. Sin embargo, no existe evidencia que sugiera que el régimen de Martínez haya ordenado o promovido las dos principales masacres que marcaron esta fase. La primera tuvo lugar en El Canelo, un cantón ubicado en la zona cafetalera de Nahuizalco limítrofe con la municipalidad de Juayúa. Existe un amplio testimonio acerca de la masacre, pero no hay evidencia documental, la cual nos permitiría determinar la fecha exacta o el número de asesinados. Los testimonios sugieren que la matanza ocurrió en el transcurso de la semana posterior a la derrota militar de las fuerzas insurreccionales en Nahuizalco.

La masacre ocurrió en “El Canelo”, la hacienda del ideólogo proto-fascista Gabino Mata, quien había sufrido un gran susto durante la insurrección. Un relato publicado cerca de una década después, afirma que la hacienda había



“El alcalde los mandó a llamar para que sacaran un carnet, donde constaba que el portador, no era comunista.”  
Izquierda: El mítico Miguel Mármol, dirigente del Partido Comunista Salvadoreño.



sido ocupada por un gran grupo de insurgentes.<sup>28</sup> Ya sea que lo haya sido o no, no existen dudas de que Mata creyó que estaba amenazado por la rebelión, y de que, luego de la derrota militar de ésta, él decidiera buscar venganza. Reunió a todos sus colonos y a otros campesinos indígenas bajo el pretexto de protegerlos de la Guardia Nacional. Raimundo Aguilar recuerda que el mandador de Mata jugó un papel clave en la tragedia: “Se cogió a la gente, todos los trabajadores ... les mandó a decir que les iba a dar sus papeles, su contraseña para que sean salvos en la vida, ellos como no sabían se creían de esas palabras, que iban a tener su salvación de la vida, ya estando todos ahí, los fueron manoteando, los de la fuerza armada ... como cangrejo verdad, a todos, y cuando marcó la hora que ya iba, que mandó el capitán que los matara ...”.<sup>29</sup>

La hermana mayor de Raimundo gritó: “¡Si matan a nuestro padre, mátenme a mí también!”, y se lanzó entre los prisioneros. Ella y su padre se unieron a los cientos de campesinos indígenas que cayeron abatidos bajo una lluvia de fuego de ametralladora cuando el coronel Ortiz les ordenó que intentaran huir. Pedro Lue, para entonces un niño de doce años del vecino cantón de Sábana San Juan Arriba, recordó: “Don Gabino Mata reunió a toda su gente y a todos sus trabajadores y les dijo ‘vengan, porque hay una brigada de guardias nacionales que viene a matarlos’. Quería acorrallar a la pobre gente inocente. Había como quinientos de ellos. Los mantuvo adentro y luego envió a uno a buscar lazos para atarlos. Cuando las tropas llegaron, preguntaron: ‘Don Gabinito, ¿está listo?’ Él respondió, ‘Sí, estoy listo... vamos a hacer justicia’. Se fueron a hacer un

cementerio... Los mataron a todos... Gabino Mata entregó a mucha gente”.<sup>30</sup>

Otro testigo sobreviviente fue Jesús Velásquez, un niño ladino de doce años de Los Arenales:

*Mi abuelo era de la patrulla del comandante. Se reunían en el Puesto Águila. El llegó a almorzar. Fijate, le dijo a mi mamá, hay unos 800 indios presos en el Canelo, por la hacienda de Gabino Mata. Yo tenía ganas de seguirlo a ver lo que iba a suceder a pesar de que ellos me prohibieron salir. Pero al llegar allí me di cuenta que para mirar bien tenía que meterme en la calle recta y así me vieron. Creí que mi abuelo u otros me iban a pegar por estar allí. Pero al ratito llegó un montón de gente amarrada por delante y por detrás. De pronto llegó un coronel Ortiz con otro pelotón. La tropa iba bola. Todas las patrullas tenían que romper las cercas. Gritaron los oficiales “¡Pueden irse!” A la carrera corrieron ... Pe-pe-pe ... sonaba la ametralladora. Los oficiales ordenaron a los patrulleros que rompieran una bodega para buscar los fierros para excavar. Era como a las 5 de la tarde y ya para los 6 habían terminado.”<sup>31</sup>*

El testimonio de Velásquez es el único que ofrece una justificación para la masacre. Él repite las palabras que su abuelo le había dicho: “Si no los matábamos, ellos nos habrían matado a nosotros”.<sup>32</sup>

Es extraordinario que estos testimonios, que ponen en contraste a una división étnica localmente pronunciada, coincidan tanto en los detalles de las matanzas. A pesar de que no existe evidencia directa documental de la masacre, las narrativas indican de manera contundente que Mata y el coronel Ortiz conspiraron para hacer caer en una trampa y luego ejecutar a los indígenas. El régimen de Martínez no hizo nada para castigar a los perpetradores; pero esa tarde de matanza fue el resultado de las condiciones locales, y de protagonistas basados localmente.

También fuerzas locales produjeron la otra masacre. De acuerdo a los informantes, el alcalde de Nahuizalco, Francisco Brito, quería vengarse tras sufrir el miedo y la humillación de haber tenido que soportar a una muchedumbre de indígenas que pedía su cabeza.<sup>33</sup> Siguiendo directivas gubernamentales nacionales, por medio de un bando oficial, Brito promulgó el mensaje de que emitiría salvoconductos el 13 de febrero. Cada salvoconducto estipulaba que el portador del mismo no era un comunista. Un relato publicado y corroborado con numerosos testimonios,

Página a la derecha: “Las carretas pasaban con su chillido de ruedas, cargando los muertos”



cuenta que el edificio municipal permaneció cerrado mientras la muchedumbre de indígenas varones esperaba sus carnets. Al parecer, algunos sospecharon algo y trataron de marcharse, pero la Guardia Nacional había bloqueado las calles. “De repente, de las casas y edificios que rodeaban la plaza comenzaron a disparar. La conocida tartamuda hizo oír sur ruido repetitivo. Filas enteras de los concurrentes cayeron bajo las balas”.<sup>34</sup> Los sobrevivientes recuerdan el

## Otra versión de los sucesos. Otra versión de los sucesos.

pánico de la gente que trataban de escapar del fuego de las ametralladoras.<sup>35</sup>

El régimen y sus partidarios tenían otra versión de los acontecimientos. De acuerdo al cónsul británico, un cafetalero fervorosamente pro-gubernamental: “Cerca de mil personas se movilizaron hacia el pueblo y se reunieron en la plaza, ostensiblemente con el objetivo de procurar del alcalde el nuevo boleto de identidad. El alcalde se alarmó al ver cuántos llegaban, y entonces telegrafió urgentemente dos veces, solicitando ayuda. Se enviaron tropas desde Sonsonate, Juayúa e Izalco. Rodearon la ciudad, alinearon

a los indígenas y los registraron. Entonces se halló que muchos de ellos tenían puñales ocultos y un aviso que los llamaba a Nahuizalco para el ‘día de la expiación’. Se mató a 388 indígenas”.<sup>36</sup>

La insinuación del cónsul en el sentido de que los indígenas estaban planeando llevar a cabo un ataque, repetía la declaración del ministro de guerra que se reportó en el oficialista Diario de El Salvador: “Unos trescientos indios de Nahuizalco se levantaron contra la guarnición, los que se retiraron del pueblos para esperar el auxilio de Sonsonate de donde les llegó una brigada. Con la rapidez que el caso requería, procedieron a pacificar a los revoltosos, pero como estos opusieron resistencia, hubo de hacer uso de fuerza”.<sup>37</sup> Esta versión de los acontecimientos parece haber sido una completa invención, aunque es posible que las autoridades locales hayan experimentado temor al ver un gran número de indígenas reunidos en la plaza del pueblo. La respuesta inmediata del régimen a los eventos del 13 de febrero sugiere que la historia del ministro de guerra pretendía encubrir las acciones asesinas de las élites locales y de los oficiales militares de la región. El 15 de febrero el gobierno anunció que las distribuciones de boletos de identidad se habían suspendido por “razones muy poderosas”.<sup>38</sup> A la luz de lo oportuno de la decisión (el 14), las “razones muy

Jefes militares luego de la masacre.





Arriba: Foto con inscripción: "Mujer comunista con todo lo robado"  
 A la derecha: "Y entonces Gabino Mata mando a recoger a los inditos,  
 y los amarró a todos. Eran como quinientos... todos fueron muertos".

poderosas" sin duda se referían a la masacre, que el régimen no había previsto pero que estaba deseoso de encubrir. Lo que había intentado ser una medida para poner alto a las matanzas, o al menos a las matanzas indiscriminadas, tuvo el efecto opuesto. El régimen reconoció que una subsiguiente distribución de pases podría resultar en más de tales acontecimientos o podría no tener sentido, por el temor que se había provocado en toda la región debido a las masacres. Aunque existen algunos reportes que indican que las autoridades llevaron a cabo tácticas similares en Juayúa e Izcalco, no hay evidencia contundente que sostenga tales afirmaciones. Más bien, parece que los testigos situaron de manera incorrecta los eventos del 13 de febrero en Juayúa en lugar de Nahuizalco. Por ejemplo, la Historia Militar, escrita por un oficial, ofrece la descripción de un incidente que es la réplica exacta de los eventos de Nahuizalco: "... en Juayúa se ordenó que se presentaran al Cabildo Municipal todos los hombres honrados que no fueran comunistas, para darles un salvoconducto, y cuando la plaza pública estaba repleta de hombres, niños y de mujeres, pusieron tapadas en las calles de salida de la plaza, y ametrallaron aquellas multitudes inocentes, no dejando vivos ni los pobres perros que siempre siguen fielmente a sus amos indígenas. El Jefe que dirigió la terrible masacre, pocos días después, refería con lujo de detalles aquel hecho macabro en los parques y paseos de San Salvador, jactándose de ser el héroe de tal acción".<sup>39</sup> No existe otra evidencia de que una masacre tan

similar a la de Nahuizalco hubiera ocurrido también en Juayúa, y con toda probabilidad el documento confundió los dos lugares. Lo que sí sugiere el reportado regodeo del oficial es cuánta sangre fría hubo en la masacre de Nahuizalco. Incluso tres semanas después de que había derrotado a la insurrección, el régimen no tenía intenciones de llevar a los asesinos a la justicia. Estas dos masacres, una provocada por las autoridades municipales y la otra por un prominente hacendado y figura política, revelaron a los sobrevivientes indígenas la medida de la astucia e inequívoca maldad de los ladinos: ellas permanecen como rotundos ejemplos de genocidio.

El racismo se incrementó de manera dramática entre los ladinos durante este período, e indudablemente influyó las decisiones conscientes de perpetrar estas atrocidades. El Reverendo Roy MacNaught, el misionero protestante establecido en Juayúa y un acérrimo anticomunista, se dio cuenta de la transformación. El 14 de febrero, escribiendo desde Santa Tecla antes de conocer las atrocidades del día anterior, expresó: "A los indígenas se los odia ahora como



nunca antes. En Nahuizalco, existe una liga de defensa integrada por la parte ladina. Estos ladinos han reunido a creyentes varones y los han matado”.<sup>40</sup> El 3 de marzo escribe: “Nos hemos enterado de que han ejecutado a 2500 hombres sólo en Nahuizalco. Un día alinearon a 400 muchachos y les dispararon. Han torturado a las mujeres para obligarlas a decirles dónde están sus esposos y sus hermanos”. El propio parecer de MacNaught con respecto a la represión había cambiado desde aceptar que hubo pelotones de fusilamiento en Juayúa hasta una expresión de horror. En su reporte inicial había escrito: “Durante todo el día (y esto duró varios días) podíamos escuchar los disparos en la plaza mientras se desarrollaba la labor de

## Indio, bárbaro y comunista.

ejecución... No podemos decir que el gobierno estuviera siendo demasiado severo”.<sup>41</sup> Lo que había cambiado era el completo reconocimiento de MacNaught de la inocencia de muchas de sus víctimas —demostrada por la matanza de conversos protestantes— y el papel de un racismo flagrante en las ejecuciones.

No existen dudas de que en Juayúa, Nahuizalco, Tacuba e Izalco las tensiones étnicas y de clase estaban exacerbadas hasta el punto de la histeria luego de las ocupaciones por las fuerzas revolucionarias, en gran parte, indígenas. A pesar de su relativamente pequeña incidencia de violencia, esas ocupaciones rompieron la presa que contenía la hostilidad y el odio hacia los indígenas por parte de la élite, que hasta cierto punto era compartido por la clase media y por la clase obrera. Indio, bárbaro y comunista se volvieron rápidamente epítetos intercambiables. Un sobreviviente recuerda a los ciudadanos que gritaban: “¡Acaben con los indios comunistas!”. Otros recuerdan la frase: “¡Maten a los indios!”. Como lo subrayara MacNaught, muchos residentes de la ciudad se movilizaron en una “Guardia Cívica” (liga de defensa) tan pronto como las tropas habían retomado los centros municipales. Si bien el papel exacto que jugó la Guardia Cívica en las masacres locales sigue siendo incierto, sin ninguna duda inspiró a las tropas para matar indios comunistas, si es que acaso todavía no estaban dispuestas a ello.

También existe alguna evidencia de un racismo virulento en los cuerpos de oficiales. Uno de los comandantes de la Guardia Nacional, el coronel Ortiz, quien el año previo había sido herido mientras dispersaba una demostración campesina, según se informa, dio la orden: “Cuando



capturen a un sospechoso, si es un indio, mátenlo, y si es ladino, tráiganlo para ser interrogado”.<sup>42</sup> Como hemos visto, los informantes señalan a Ortiz como el responsable por la masacre en El Canelo.

La combinación de una urgencia militar y de un exceso brutal, de la histeria racista local y de un deseo de venganza (y de cuando menos un comandante militar racista), condicionaron las dos masacres indígenas. La etapa III, que coincidió con, pero duró más tiempo que la etapa II, implicó unas formas más selectivas de matanza.

### Etapa III. Las listas y otras formas de matanza selectiva.

“Las listas” están grabadas en los recuerdos de los sobrevivientes diseminados en todo el occidente. Los guardias nacionales y civiles llevaban con ellos largas listas de votantes que habían firmado peticiones para registrar al Partido Comunista Salvadoreño (PCS) como un partido político en las elecciones. En algunos escenarios como Juayúa, incautaron y utilizaron las listas de los partidarios del Socorro Rojo. Durante todo febrero y marzo las patrullas civiles y la Guardia Nacional buscaban a aquellos partidarios del PCS, y cuando los encontraban, los fusilaban, ya fuera con o sin el beneficio de los arreos judiciales.<sup>43</sup> A fecha tan avanzada como el 25 de febrero, el cónsul británico informó: “Las ejecuciones todavía se están efectuando casi a diario”.<sup>44</sup>

Un abogado de Wall Street, Milo Borges, estaba presente en San Salvador durante enero de 1932. En un reporte fechado 30 de enero de 1932 escribió: “El gobierno ha estado arrestando a todos aquéllos que estaban listados como comunistas. Entiendo que sólo en San Salvador había 9,000 hombres listados. Han sido arrestados tan pronto como se les puede localizar, y luego de uno o dos días en la cárcel son sacados a horas tardías de la noche y conducidos hacia algún sitio desolado en donde se les dice que se dispersen, y una ametralladora abre fuego sobre ellos. Normalmente se les entierra donde se los mató. Entiendo que durante la semana pasada se ha dispuesto de esta manera a cerca de 600 sólo en esta ciudad”.<sup>45</sup> Borges estaba suficientemente cerca de la élite salvadoreña como para unirse a un “Comité de Vigilancia” (junto con los “jóvenes de las mejores familias”). Si bien este acceso podría dar algún crédito a los números que él informa, éstos son difíciles de corroborar. Coincide, en efecto, con otros relatos de ejecuciones masivas de sospechosos de ser comunistas en el área de la capital.

Fuera de la región capitalina los números se vuelven aun más especulativos; pero no hay duda de que las listas surgen de manera consistente en los recuerdos de 1932. Las listas formaban parte del teatro del terror empleado por el ejército,



Arriba: Pedro Lué, testimoniante del documental “1932, Cicatriz de la memoria”, ya fallecido.

Derecha: Ramón Esquina, testimoniante en Tajcuilujlan.



junto con los más raros casos de juicios ilegales. En ambos casos el uso de la lista ofrecía un fundamento para la matanza, por imperfecto que fuera. Vicente Flores, de Jayaque, recuerda el siguiente episodio: “Veníamos trayendo un maíz de un terreno cuando vimos que sacaron un montón de gente de una finca. Nos detuvo la Guardia. Cargaban unos cuadernos. Mi papá no se metía en nada y no encontraron su nombre. Pero le dieron una buena golpiza, delante mía lo estaban flagelando. Quedé traumatizado. Desde entonces odiaba a la Guardia, no podía verlos”.<sup>46</sup> Flores recuerda que la Guardia alineó a aquéllos que sí aparecían en la lista y los fusiló en grupos de cuatro. Otros en Jayaque recuerdan que los soldados andaban con listas y ejecutaban a cualquiera cuyo nombre apareciera en ellas.

Aunque no existe evidencia documental que confirme la gran cantidad de testimonio de que los soldados usaron las listas para seleccionar a las víctimas de ejecuciones, hay evidencia documental de que al menos poseían tales listas. Una orden librada el 11 de febrero de 1932 del ministro de guerra para el gobernador departamental de Sonsonate dice: “Siendo indispensable hacer una selección en los





próximos reclutamientos de los individuos que prestarán servicios en sus filas, ruego a usted remitir a este ministerio una lista de los comunistas que en los distintos lugares de ese Departamento se presentaron en los pasados comicios a votar por los candidatos de su partido”.<sup>47</sup> El requerimiento es un tanto elíptico. Debido a que Sonsonate era el departamento en donde, hasta ese instante, la mayoría de las matanzas habían sido indiscriminadas, parece que ahora el ejército estaba listo para aprovecharse de las listas para llevar a cabo sus asuntos en el departamento, por decirlo así, de una manera más racional. Alternativamente, y mucho menos probable, podía ser que el ejército hubiera terminado su juerga de matanzas en el departamento, estuviera considerando seriamente reconstituir su ejército y, por tanto, quisiera asegurarse de no reclutar “comunistas”. En cualquier caso el documento establece el conocimiento y uso de las listas de votantes por parte del ejército.

Si bien el uso de las listas electorales era generalizado, el ejército también empleó otros medios para encontrar a sus víctimas. El comandante Brodeur informó que el miércoles 27 de enero “el gobierno comenzó su campaña de encontrar indios sospechosos de ser comunistas o de ser conocidos como tales, y de fusilarlos luego de un corto interrogatorio, el cual consistía principalmente de la pregunta ‘¿Sos comunista?’; y de ser culpable, el prisionero casi invariablemente lo admitía de inmediato. Si existía cualquier duda, al sospechoso se le ponía en una

esto que el ejército y sus partidarios de la Guardia Cívica tenían otros medios de seleccionar a los sospechosos de ser comunistas. Basándonos en testimonios orales, podemos asumir que después de la primera oleada de terror el ejército habría capturado principalmente a los rurales pobres para “interrogarlos”. Manuel Linares, un campesino ladino de El Cacao, Sonsonate, contó lo siguiente, basándose en relatos de miembros de su familia que escaparon de la zona cerca de Atiquizaya, Ahuachapán: “La represión era que ellos sacaban tu nombre... los curas sacaban los nombres de los grupos y decían, ‘Vos sos un comunista’, y la persona decía, ‘No, Padre, no lo soy, no he estado involucrado’. ‘Podés irte’. Entonces los curas le preguntaban a otro, ‘¿vos trabajaste con los comunistas?’; y el tipo decía ‘No, bueno, ellos me invitaron’, así que el cura lo ponía con otro grupo. Y a éstos los amarraban y los fusilaban”.<sup>49</sup> El testimonio



Arriba: Indígenas fusilados en el Cuartel de Sonsonate.  
Izquierda: Ladinos asesinados en la periferia de Sonsonate.



prisión especial, en donde se le mantenía hasta que se tenía suficiente evidencia de su culpabilidad. Se decía que en una o dos ocasiones, a algunos de estos infortunados prisioneros se les permitía ‘escapar’ al caer la noche, y se les disparaba de inmediato por andar fuera después de la hora del toque de queda”.<sup>48</sup> Brodeur se estaba refiriendo a Sonsonate, y, en apariencia, la lista de votantes del PCS de ese departamento no se había materializado aún. Podemos deducir a partir de

corroborar una oración que es clave en el relato de Brodeur, a saber, que los insurgentes estaban a menudo deseosos de admitir su asociación con la causa revolucionaria. La noción de “invitación” a una reunión, como recordará el lector, se refiere a un código cultural que hacía del asistir algo obligatorio. El ejército y la Guardia Civil no estaban, por supuesto, interesados en tales códigos culturales. El testimonio de Linares también corrobora otros testimonios acerca del papel de la iglesia en la represión.

Doroteo López, para esa época de dieciocho años, de Los Amates, recuerda que en Santa Tecla el Padre Ravelo apoyó completamente la represión, y en su sermón agradeció a Dios “que el mal ha sido arrancado de raíz. Dios primero jamás volverá a tener vida”.<sup>50</sup> Salomé Torres también tuvo una experiencia con la iglesia en Santa Tecla poco después de la insurrección: “Nos llevaron a Santa Tecla; todos llevábamos banderas blancas. Todos fuimos a la iglesia. Era un lunes y nos dijeron que regresáramos el miércoles. Así que llegamos a la iglesia, y todos fuimos a confesarnos. El Padre nos preguntaba si estábamos metidos en el



comunismo. Yo dije que no. Pero a los que lo admitieron les puso una pequeña cruz al lado de sus nombres. Y los fusilaron”.<sup>51</sup>

Como hemos visto, ya fuera que estuviesen o no involucrados, la iglesia se benefició de la represión a través de la eliminación de la pequeña pero creciente presencia protestante en el occidente. Como lo reconoció MacNaught, la Guardia Cívica agrupó a los protestantes junto con los comunistas, y una gran proporción de la pequeña minoría de conversos protestantes fue seleccionada para ejecución. De acuerdo a algún testimonio, un sacerdote salvó a dos protestantes encarcelados de sus programadas ejecuciones a cambio de su conversión, de nuevo, a la iglesia católica. Considerando el alto nivel de paranoia acerca de la penetración protestante evidente en los escritos de Conte, el levantamiento y la represión parecen haber proporcionado una oportuna conjunción para contraatacar.<sup>52</sup> La selección de protestantes para su justo castigo en un momento de contrarrevolución, se ajusta al patrón establecido en la Francia y Rusia revolucionarias. Como escribió Arno Mayer: “Los protestantes y los judíos fueron los chivos expiatorios perfectos sobre quienes descargar un amplio rango de ansiedades y resentimientos

activados o intensificados por la turbulencia revolucionaria. En particular, las patadas de ahogados del viejo orden retrataron a esos grupos marginales más prominentes y vulnerables como la encarnación de un traicionero complot para desacralizar, modernizar y poner al mismo nivel a la sociedad civil y política”.<sup>53</sup>

Lo que fue perdonado  
Lo que fue perdonado

Recapitulando: hay pocas dudas de que el ejército masacró a más de 2,500 indígenas en Nahuizalco e Izalco. En su furia, los oficiales y la élite tomaron por “comunistas” a todos los indígenas varones. Un terrateniente expresó inequívocamente: “No hay indios que no sean comunistas”. De manera similar, en Juayúa y Tacuba el ejército ejecutó a más de dos mil campesinos, muchos de los cuales eran indígenas. Un gran número de ladinos y gente sin identidades indígenas cayeron ante el ejército en esos escenarios, así como en Ahuachapán y La Libertad.<sup>54</sup>

A pesar del efecto genocida de las matanzas en estas municipalidades indígenas, otras zonas indígenas del centro

General Tomas Calderón, comandante de las tropas encargadas de sofocar la rebelión.  
Foto tomada por el oficial canadiense Brodeur. Archivos Nacionales de Canada.



y del occidente de El Salvador no fueron tocadas por la masacre. Un ejemplo destacado de un área que fue perdonada por la represión genocida fue la municipalidad fuertemente indígena de Panchimalco. Los indígenas de la accidentada zona del sur de San Salvador habían participado tanto en la movilización como en la insurrección, y sin embargo no sufrieron más que unas ligeras represalias. Un militante de bases que había estado activo en el movimiento agrario y que había participado en las escaramuzas en las afueras del sur de San Salvador, recuerda que inmediatamente después de la insurrección, las tropas lo capturaron; las autoridades lo liberaron luego de dos días. Su tío, un reconocido líder



revolucionario, fue capturado al mismo tiempo y pasó dos o tres años en prisión.<sup>55</sup> Esta leve represión sucedió en contra de los deseos de algunos ciudadanos. En febrero 2, la Junta de Orden Pública de Panchimalco protestó en contra de la liberación de los sospechosos revolucionarios en las aldeas cercanas.<sup>56</sup> No existe evidencia que ayude a explicar por qué las autoridades militares actuaron de manera tan diferente con los rebeldes indígenas y sus hogares en la región de Panchimalco. Es por completo posible que el Coronel Emilio Renteros, a cargo de la campaña en contra de los rebeldes que se replegaban, simplemente no tuvo estómago para masacres, y que sus superiores, al reconocer que su victoria era completa, no tuvieron interés en derramamientos de sangre adicionales. Si esta explicación fuese válida, entonces, en gran parte, la culpa por las posteriores fases de las masacres en el occidente recaería sobre las fuerzas civiles y militares locales. Aún así, el régimen nunca llevó a la justicia a ninguno de los perpetradores.

Santo Domingo de Guzmán era una municipalidad de Sonsonate casi exclusivamente indígena. Con una altitud de sólo 190 metros, el pueblo estaba fuera del cinturón cafetalero (600-1,500 metros). A sólo diez millas al occidente de Sonsonate, permaneció bastante aislado durante los primeros años de los 1930s, y no sirvió de base para el sindicato o para las actividades del SRI. Como consecuencia de ello, los indígenas hablantes del náhuatl de Santo Domingo no sufrieron ninguna represión. Los

residentes de Santa Catarina Masahuat, otra municipalidad indígena que linda con Santo Domingo y Nahuizalco, sí participó en el movimiento izquierdista, pero sólo un puñado de líderes fueron claramente identificados como parte de la insurrección. El ejército ahorcó a esos líderes, pero al parecer perdonaron al resto de la población a pesar de su proximidad a los asentamientos de la rebelión. Es probable que Santa Catarina fuera perdonada debido a que los insurgentes no tomaron el edificio municipal (controlado por indígenas) ni asaltaron a ninguno de los pocos propietarios ladinos del área.

A pesar de que mucha gente indígena de Cuisnahuat participó en la movilización de masas, y de que probablemente más de cien tomaron parte en el asalto a los cuarteles de Sonsonate, el ejército no llevó a cabo una reprimenda violenta allí. Algunos ancianos de Cuisnahuat, otro pueblo de hablantes de náhuatl, recuerdan que San Lucas, su santo patrono, salvó al pueblo y al líder comunista local al aparecerse mientras éste estaba siendo llevado a Sonsonate para su fusilamiento. No hemos escuchado ninguna otra razón que explique por qué el ejército atacara violentamente en tantos pueblos y cantones en las vecinas tierras altas de Jayaque, y no en Cuisnahuat, a pesar de que



Fosas comunes en Nahuizalco.

era conocido por tener una gran concentración de indígenas que militaban en las filas de la izquierda. Al igual que en Santo Domingo y Santa Catarina, los insurgentes indígenas parecen no haber ocupado la ciudad ni asaltado físicamente a los residentes ladinos, a pesar de la hirviente historia de resentimiento.

La existencia de comunidades indígenas que fueron perdonadas por la violencia, de ningún modo mitiga el genocidio cometido en contra de aquéllos que habían



Indígenas prisioneros, antes de ser fusilados en el Cuartel de Sonsonate.

apoyado la movilización y la insurrección, de la misma manera como la decisión, por parte del ejército de Guatemala, de perdonar a los indígenas en las zonas no conflictivas, no debilita los cargos de genocidio contra éste. Con todo y esto, en las reconstrucciones de las masacres, tanto inmediatamente como a lo largo de las siguientes décadas, la existencia de lo “perdonado” ayudó a permitir que el ejército se exonerase a sí mismo al equiparar la insurgencia, el comunismo y los indígenas.

### La prosa de la masacre.

El 29 de febrero, el General Calderón anunció que sus tropas habían “liquidado a 4,800” comunistas. A los días modificó su declaración, afirmando que los comunistas habían sido neutralizados, no necesariamente asesinados. (Diez años después, él mismo explicó que se había visto impelido a retractarse debido a la horrorizada reacción internacional ante lo que él había presumido era una declaración tranquilizadora, aunado a las masivas demostraciones en la Ciudad de México). A partir de ese momento, ninguna declaración oficial se refirió al número total de muertos a manos de las fuerzas contrarrevolucionarias. El 25 de febrero, Rodgers, el encargado de asuntos británicos, ratificó la imposibilidad de un conocimiento exacto: “Nunca será conocido cuántos han sido asesinados, pero el total no puede ser menos de 5,000, e incluso se ha dicho que ha sido tanto como 12,000.

Las ejecuciones todavía se llevan a cabo diariamente”.<sup>57</sup> En 1937 un oficial de la embajada de los EEUU reportó amplias discrepancias en los estimados del número de muertos (presumiblemente provenientes de aquéllos cercanos a los asientos del poder), que iban desde tres mil hasta diecisiete mil.<sup>58</sup> La izquierda, con mucho menor acceso a las fuentes militares, se ha referido a 25,000 o 30,000 muertos. La cantidad inicial del General Calderón de 4,800 muertos en la primera fase coincide con los estimados locales en Izalco, Nahuizalco y Tacuba, y posiblemente sea bajo para la región entera. No hay forma de estimar el número de cuantos murieron durante las subsecuentes fases fuera de Nahuizalco (en donde de quinientos a mil perecieron en las masacres del pueblo y de El Canelo).<sup>59</sup> Diríamos que dada la imposibilidad de llegar a algo que se aproxime a un estimado científico, no nos queda más que depender de las cifras ofrecidas por los oficiales de las embajadas británica y estadounidense, y por Calderón. Tomando en cuenta esos estimados, diez mil muertes es una cifra razonable.<sup>60</sup>

Indistintamente del número exacto, la masacre de miles de personas desarmadas es un hecho histórico. ¿Cómo describió el discurso oficial salvadoreño esta atrocidad? La narrativa oficial y semi-oficial nos da pistas acerca de cómo el ejército y la élite fueron capaces de presentar su versión de los acontecimientos como una realidad tan poderosa que reorganizó hasta la misma estructura de la memoria de los sobrevivientes. En el nivel más general, el discurso oficialista suprimió, distorsionó o falsificó las descripciones de las matanzas hasta tal punto que a los perpetradores y a las víctimas se los traspuso o, al menos, la distinción entre

ellos se hizo ambigua. Joaquín Méndez, un periodista, viajó por todo el occidente entrevistando a oficiales del ejército y a gente local perteneciente a la élite. Su relato, publicado en abril de 1932, se volvió algo parecido a una narrativa oficial exhaustiva de la insurrección y de la represión. Aplica con maestría el arte de la omisión, combinada con justificaciones tácitas, para volver ininteligibles las más evidentes masacres, las de El Canelo y Nahuizalco. Él simplemente no menciona las matanzas del 13 de febrero en el centro del pueblo. Sin embargo, sí se refiere a Gabino Mata y a los eventos en su hacienda. Luego de una breve descripción de la captura de algunos de los insurgentes de Juayúa efectuada por las tropas, insertó una corta sección: “En la hacienda de don Gabino Mata”, en la cual relata una entrevista con un soldado que había sido enviado a custodiar la hacienda el 27 de enero. El día anterior, “... le habían dicho a don Gabino que ese día entregarían su cabeza. Haría unos veinte minutos que habíamos llegado cuando divisamos un grupo de veintisiete individuos armados ... Tal vez por la sorpresa que les dimos, perdieron la sangre fría y nos pareció que se daban por vencidos. Sin embargo, algunos de ellos hicieron la intención de atacarnos, por lo que tuvimos que disparar matando a muchos. Después de esto —termina— quedó demostrado que era cierto que querían matar a don Gabino. Y cuando él se dio cuenta de que le habíamos salvado la vida, nos mandó llamar, para recompensarnos, recibiéndonos muy bien y obsequiándonos dinero”.<sup>61</sup> Debido a la falta de especificidad cronológica acerca de la masacre en la hacienda de Mata y a la imprecisión del término muchos,



no podemos saber a ciencia cierta si el relato del soldado describía eufemísticamente los fusilamientos masivos de trabajadores indígenas indefensos, referidos por numerosos informantes. Si no se refería directamente a la masacre, ciertamente la justificaba.<sup>62</sup> De hecho, como para negar y neutralizar su complicidad en la masacre ocurrida en su hacienda, un periódico local convirtió a Mata en un héroe. Reportando sobre su papel al crearse una organización que movilizó ayuda financiera para la Guardia Nacional, El Heraldo de Sonsonate lo elogió: “El culto y filántropo

Gabino Mata hijo ha encendido la tea del patriotismo en el corazón de todos los buenos salvadoreños y debemos secundarlo”.<sup>63</sup> Mata se convirtió en uno de los portavoces más destacados de su clase social. Poco tiempo después de la masacre en El Canelo, denunció airadamente la situación en el campo, donde el “peligro [estaba] todavía latente... El comunismo tiene raíces profundas”.<sup>64</sup> Mata profirió esta declaración el 12 de febrero, el día anterior a la masacre en el pueblo de Nahuizalco, y parece ser razonable que en adición a propugnar su ideología populista antidemocrática, estaba también justificando por adelantado incluso otra masacre.



La “benemérita” Guardia Nacional.

No es sorprendente que Mata se volviera un líder contrarrevolucionario local. Sin embargo, el ennoblecimiento de un hombre responsable por la ejecución despiadada de cientos de sus trabajadores es, particularmente, un destacado caso de la inversión de víctimas y ejecutores que caracterizó al discurso contrainsurgente en los meses que siguieron a la insurrección y a la masacre.<sup>65</sup> El régimen siempre afirmó que el embate más fuerte de violencia fue perpetrado por los insurgentes y soportado por los soldados y por los ricos. Consideremos el siguiente reporte oficial, emitido cerca de un año después de los eventos: “En estos pueblos hubo robos, y muchos agentes del gobierno así como numerosos residentes, quienes debido a su cultura y a su posición económica y social jamás habrían podido revestirse con la trágica bandera roja, fueron asesinados sin piedad. El país vivió horas de dolor, de angustia y pánico durante esos días terribles, bañados en sangre; tan terribles y sangrientos que el gobierno, entendiéndolo ese dolor, esa angustia y ese pánico, unificó sus energías y su firme voluntad patriótica en un solo

esfuerzo... fue capaz de castigar sin vacilar a aquéllos que, en una hora de maldad, habían olvidado su noble condición de seres humanos, y se habían lanzado, desenfrenados, a ataques criminales y a una punible usurpación, en variadas formas y manifestaciones”.<sup>66</sup> Despojado de la más maligna prosa histórica que caracterizaba las declaraciones de enero y febrero de 1932, el reporte, sin embargo, emplea los mismos tropos para sintetizar la dominante interpretación de los eventos. Refiriéndose solamente a una indeterminada cantidad de muertes del ejército y de la élite (“muchos”), y no a aquellas miles de muertes ocurridas a manos del ejército,

“Vos sos un comunista”  
“Vos sos un comunista”

el texto insinúa que los insurgentes fueron responsables de la mayor parte de la matanza. Esa insinuación se amplía en la segunda oración: “durante esos días terribles, bañados en sangre, tan terribles y sangrientos que el gobierno... unificó sus energías y su firme voluntad patriótica en un solo esfuerzo”. La fuerte implicación es que el gobierno respondió al baño de sangre (y, por tanto, no lo creó), y que, entonces, sólo lo hizo para imponer el castigo. Finalmente, el texto se refiere al tropo dominante de la contrainsurgencia: la condición salvaje de los insurgentes.

Durante los días de la matanza, las proclamaciones de los periódicos y del gobierno deshumanizaron a los civiles e insurgentes masacrados, retratándolos como salvajes, y a sus ideas y a su movimiento, como una enfermedad mortal.<sup>67</sup> Describieron a los insurgentes revolucionarios como “hordas sedientas de sangre”, “hordas vandálicas”, o “una horda de salvajes enfurecidos”,<sup>68</sup> cuyas acciones se caracterizaban por la saña fiera.<sup>69</sup> Describieron al “comunismo”, la ideología y el movimiento, como una enfermedad que atacaba al cuerpo político: “el comunismo, cáncer social”. Algunos lugares estaban “infestados” por los comunistas, y los campesinos sufrían de un “virus”. La deshumanización de los insurgentes actuó para legitimar su ejecución. Sin embargo, sería un error entender tales declaraciones como una unívoca expresión del racismo anti-indígena. Los grupos dominantes habían empleado desde hacía mucho tiempo imágenes de salvajismo para describir no sólo a la gente indígena sino también a quienes provenían de las clases “peligrosas” de Europa. Enzo Traverso escribe acerca de la masacre de partidarios de la Comuna de París en 1871: “La represión política vista como la desinfección del cuerpo social, presupuso la deshumanización del enemigo, quien era degradado a los niveles de un animal o a los de una especie biológica inferior”.<sup>70</sup> El general Thiers, el arquitecto de la masacre de entre diez y treinta mil partidarios de la Comuna Parisina, escribió: “Un día sucedió que un carcelero descuidado dejó





sus llaves en las puertas de la reserva de animales salvajes, y las bestias indómitas, con sus rugidos feroces, arrasaron al horrorizado pueblo. Hacia afuera de las jaulas abiertas saltaron las hienas del '93 y los gorilas de la Comuna".<sup>71</sup> El lector notará la similitud que existe en las representaciones de los partidarios de la Comuna francesa y los insurgentes salvadoreños.

Por sí sola, la repetitiva descripción de los insurgentes como hordas vandálicas no justificaba la indiscriminada masacre de civiles; pero el editorial de un periódico se acercó a semejante justificación: "A la agresión violenta e injustificada se ha respondido con la energía y la drasticidad que las circunstancias demandaban; y el terror rojo que trataban de implantar los enemigos de la ley se ha contestado con el terror que siempre debe inspirar a los bandoleros el castigo justo y severo".<sup>72</sup> En esto, la equivalencia de "terror" y de "un justo y severo castigo" sugiere que el ejército limitó su uso del terror a aquéllos que lo merecían. El término "terror", en referencia a las acciones del Estado, nunca reapareció en declaraciones oficialistas. La noción de "justo y severo" castigo, referida a la ejecución de "comunistas", se difundió dentro y fuera del país.

La represión militar "de gran severidad" —a saber, la ejecución masiva de "comunistas"— cae dentro de los límites internacionales de una acción aceptable de parte de un gobierno enfrentado con una rebelión de la clase baja. El temor y el odio de las clases bajas, combinados con una

transformación de las mentalidades causada por la Primera Guerra Mundial, condicionaron un "acomodamiento a la muerte violenta y una indiferencia por la vida humana".<sup>73</sup> Comentando las considerablemente limitadas protestas contra la masacre de armenios, Traverso sostiene que "Europa se había acostumbrado a la masacre"(91). La histeria en contra del bolchevismo sólo incrementó la tolerancia por la matanza. De este modo, el régimen de Martínez no sufrió la condena de los gobiernos europeos y americanos.<sup>74</sup> Sin duda alguna, los caficultores y comerciantes extranjeros en El Salvador, quienes de manera entusiasta respaldaron la represión del régimen, influenciaron a los Estados Unidos y a Gran Bretaña. D. Rogers, el encargado de asuntos británicos en El Salvador, era de hecho un caficultor. De acuerdo a un reporte del gobierno de los E.E.U.U. de marzo de 1932, "La propuesta británica para reconocer al Presidente Martínez fue seriamente considerada luego de la pronta supresión de la revolución de enero... [él] suprimió la sublevación en el término de dos o tres días, y los británicos estaban impresionados por la manera como manejó la situación".<sup>75</sup> De acuerdo a un reportaje aparecido en el New York Times, basado en parte en una conversación con el embajador de los E.E.U.U. en El Salvador, Rogers



había sugerido públicamente la necesidad de reconocer al régimen "debido a la admiración por la manera como el régimen de Martínez contuvo el reciente brote comunista... Otros diplomáticos que se hallan allí, y en general la colonia extranjera, comparten esa opinión, y los oficiales acá [en Washington] tienen gran simpatía por él".<sup>76</sup> No hubo denuncias gubernamentales de violaciones a los derechos humanos, sin tomar en cuenta la de la URSS. Además, la Internacional Comunista, fuera de México, hizo poco esfuerzo para protestar por las matanzas en El Salvador.<sup>77</sup> Al punto que sus órganos dedicaron espacio a El Salvador. La prensa aliada de la Internacional Comunista fustigó al

diezmado PCS por sus debilidades sectarias, putschistas y ultra-izquierdistas.<sup>78</sup>

Con el apoyo de la comunidad internacional, la izquierda aniquilada, y la élite salvadoreña y los sectores de la clase media “teniendo una deuda de inmensurable gratitud” hacia el General Martínez, el régimen fue capaz de desarrollar la narrativa contrarrevolucionaria de tal manera que



Tienda saqueada en Juayúa.

moldeara efectivamente los recuerdos de los traumatizados sobrevivientes de las masacres en el occidente de El Salvador. La más destacada transformación de la narrativa oficialista se refiere a los “inocentes” que murieron. Proponiendo un indio engañado como el ciego e ignorante sujeto de la insurrección, se establecieron las bases sobre las que se desarrolló la noción de los indígenas “inocentes” y su fallecimiento. La “inocencia indígena” permitía al régimen intentar forjar vínculos políticos con los sobrevivientes a pesar de las atrocidades que había cometido. En sólo semanas, Martínez envió a sus propagandistas a la región e hizo circular panfletos como los de “La Verdad Sobre el Comunismo” (veinte mil copias) y “Hermano Campesino No Seas Comunista” (tres mil copias).<sup>79</sup>

La historia del gobierno emergió sobre los siguientes criterios. Primero, los regímenes previos habían fallado en satisfacer las necesidades de la gente, preparando el escenario para la infiltración comunista. El ejército inmediatamente desarrolló una explicación de la sublevación que culpaba a los gobiernos previos y absolvía al mismo ejército de un papel decisivo en la masacre: “La historia habría sido muy diferente si aquéllos en el poder hubieran estado dispuestos a escuchar las justas demandas”.<sup>80</sup> Segundo, los comunistas engañaron a los pobres e ignorantes indígenas para que lucharan por algo sin esperanzas. Una vez que el régimen echó la debida culpa a los políticos del pasado y a los comunistas, y convirtió a los indígenas en inocentes, la siguiente dimensión del discurso podía surgir; una dimensión

que resonó y probablemente moldeó los recuerdos locales emergentes cuya condensación se expresaba en el estribillo: murieron justos por pecadores. Este enunciado no sólo absolvió de culpa a muchos de los indígenas muertos, sino que también dio forma a los principios organizativos de la narrativa que erradicó cualquier idea que hiciera referencia a la capacidad de acción indígena en el levantamiento. La terrorífica experiencia de atestiguar la ejecución de seres queridos y el temor causado por décadas de dominio militar, fueron las causas primarias tendientes a erradicar la capacidad de acción indígena. Igualmente importante fue el poder del discurso militar que, al convertir a los indígenas asesinados en inocentes, también se las arregló para neutralizar su propia culpa.

Por supuesto que no hubo manera de acabar por completo con los recuerdos que tenían los sobrevivientes del sangriento engaño perpetrado por el ejército y que muchos concretaron con una variación de la frase: ofrecieron una contraseña y la contraseña fue balas. No obstante, en unos pocos años, los políticos pro-régimen habían, cuando menos, agregado más sustancia a la imagen del indio engañado,



lo que podría haber mitigado el efecto del recuerdo de las masacres en Nahuizalco y en El Canelo. La nueva versión, construida sobre la inocencia de los indígenas con un eficaz aforismo que hacía eco al de la contraparte subversiva: “les ofrecieron dinero, tierras, hasta casas les prometieron ... la casa fue el panteón”.<sup>81</sup> Este comentario pasó a los recuerdos de los sobrevivientes. Ramón Esquina, quien en 1932 tenía nueve años, sintetizó la relación causal entre la movilización y las masacres en los siguientes términos: “La promesa que hicieron de la casita chelita, la pared chelita fue la bóveda”.<sup>82</sup>

El discurso del régimen continuó jugando con la idea de la inocencia del indígena. En 1935, al afrontar una supuesta amenaza comunista, el régimen emitió una proclama admitiendo que habían muerto inocentes en 1932, y, no obstante, exonerando al ejército: “Todavía está fresca en las mentes de los salvadoreños la visión de la triste tragedia a la





que las muchedumbres fueron arrastradas no hace mucho, instigadas por aquéllos que infectaron sus corazones con los sombríos sentimientos del odio y de la impiedad. Y es suficiente preguntar, ¿cuántos fueron los inocentes y cuántos los culpables?... Los líderes, llegado el momento de la responsabilidad, escondieron la mano que había tirado la piedra y los abandonaron a su propio destino”.<sup>83</sup>

La popular y condensada explicación de la masacre: “murieron justos por pecadores”, responde a esta pregunta retórica oficial, “¿Cuántos eran inocentes y cuántos culpables?”. Bajo el dominio militar, frases semejantes se volvieron el sentir común de los sobrevivientes, y con su repetido enunciado, los eventos de enero de 1932 — las elecciones, las huelgas, la insurrección y los campos de matanza— desaparecieron bajo las cicatrices de la memoria.

- 1) Véase “La Insurrección Indígena”, El Periódico Nuevo Enfoque, 24 de enero de 2005. Este artículo se refiere a la masacre de 30,000 indígenas. Los discursos de los activistas indígenas han usado frecuentemente el término “genocidio”. Actualmente existe un movimiento para demandar indemnizaciones por el “genocidio” de 1932; la Fundación Ama celebró un “Foro Internacional sobre el Genocidio y la Verdad” en Izalco, en enero de 2007.
- 2) Galindo Pohl, Recuerdos de Sonsonate.
- 3) “El café de El Salvador”, Asociación Cafetalera de El Salvador, San Salvador, julio de 1932, p. 42.
- 4) Diario Latino, 3 de febrero de 1932.
- 5) Michael Mann, en *Fascists* (Cambridge: Cambridge University Press, 2004), 13, define al fascismo como “la búsqueda de una nación-estatismo trascendente y de limpieza a través del paramilitarismo”.
- 6) Además, no existen dudas de que el régimen desarrolló marcadas políticas corporatistas inclinadas fuertemente hacia el franquismo y hacia la Italia fascista, hasta cuando los EEUU impusieron su voluntad geopolítica en los primeros años de los 1940s.
- 7) The New York Times, 30 de enero de 1932. El comandante Brodeur informó que en enero 29 el general Calderón había reportado a los 4800 comunistas “liquidados”. “El oficial en comando (Brodeur) desembarcó de inmediato para verificar esta afirmación de una manera general, y a ofrecer sus respetos al general Calderón. Fue abrazado con entusiasmo por el general, e invitado a almorzar a Sonsonate al siguiente día, y a “atestiguar unas cuantas ejecuciones”.

nes”. “Resumen General de Procedimientos de navíos H.M.C. mientras estuvieron en Acajutla, República de El Salvador, enero 23-31, 1932. FO 371/1584, p. 14

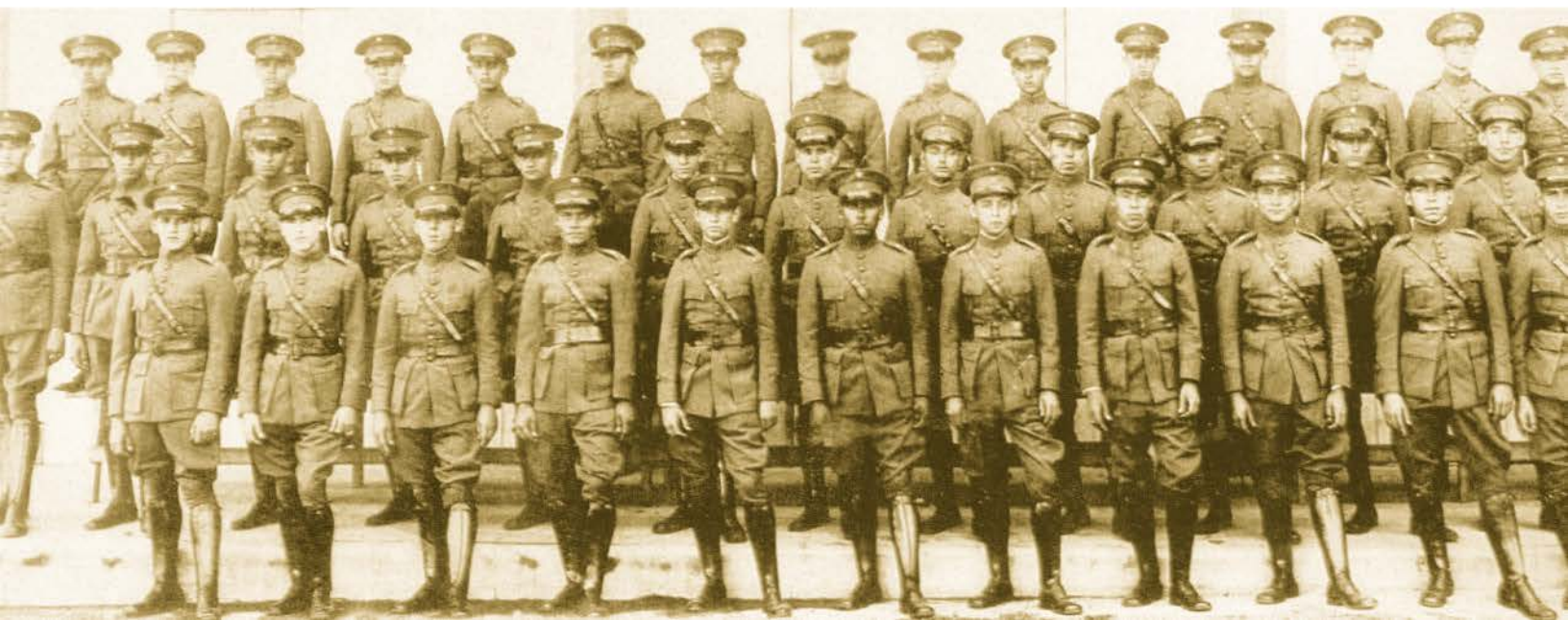
- 8) Solamente en Sonzacate los rebeldes, bajo el liderazgo de Julio Mojica, si registraron una victoria, una exitosa defensa en contra de una unidad de la Guardia Nacional que los superaba en número por mucho y que los atacó en la mañana del 23 de enero, luego del fallido asalto a las barracas de Sonsonate, a dos millas de distancia.
- 9) Bustamante, *Historia Militar*, 106.
- 10) Segundo Montes, *El Compadrazgo*, (San Salvador: UCA Editores, 2da edición, 1987) 254.
- 11) Entrevista con Cayetana Flores, Anal Arriba, Nahuizalco, 1998.
- 12) Entrevista con Ramón Esquina, Tajcuilulaj, Nahuizalco, 1998.
- 13) Entrevista con Fabián Mojica, Sonzacate, 1999.
- 14) Entrevista con Salvador Deras, Nahuizalco, 1999. Deras, un oriundo de Sonsonate, recuerda que las tropas ametrallaron en las calles de la ciudad a gentes desarmadas que parecían campesinos.
- 15) “Resumen General de Procedimientos de navíos H.M.C. mientras estuvieron en Acajutla, República de San (sic) Salvador, enero 23-31, 1932, PRO, FO, 371/5814, p12.
- 16) MacNaught, “The Horrors of Communism”, 26.
- 17) Entrevista con María Méndez, Ahuachapán, 2001.
- 18) Dalton, Miguel Mármol, 308. Uno debería de considerar los prejuicios de alguien que se volvió un comunista si no fuera por tantos otros ejemplos de sadismo y de brutalidad.
- 19) Entrevistas con María Hortensia García, Ahuachapán; con Manuel Ramos



Rivas, Ahuachapán, y con María Méndez, Ahuachapán. Rivas expresa que él vio “camionadas de gente” tomadas por las tropas para fusilarlas en “Los Ausoles”. García aseguró que lanzaron prisioneros vivos en los manantiales hirvientes.

- 20) Entrevista con Álvaro Cortez, El Canelo, Nahuizalco, 1999.
- 21) Eric D. Weitz, *A Century of Genocide: Utopias of Race and Nation* (Princeton: Princeton University Press, 2003).
- 22) Greg Grandin, “History, Motive, Law, Intent: Combining Historical and Legal Methods in Understanding Guatemala’s 1981-83 Genocide”, en Ben Kiernan y Robert Gallately, eds., *The Specter of Genocide: Mass Murder in Historical Perspective* (Cambridge: Cambridge University Press, 2003).
- 23) Greg Grandin, “The Instruction of Great Catastrophe: Truth Commissions, National History, and State Formation in Argentina, Chile, and Guatemala”, *The American Historical Review*, 110:1
- 24) Bustamante, *Historia Militar*, 106.
- 25) “Síntesis de la Penetración del Comunismo en El Salvador”. Dirección Nacional de Inteligencia, San Salvador 1990, 113.
- 26) Reynaldo Galindo Pohl, *Recuerdos de Sonsonate*, 427. Pohl escribió que ésta era una de las “consignas que se escuchó en los círculos bien informados”, y que se hizo circular al principio sólo para atomizar a la gente.
- 27) Los atacantes de Sonsonate se retiraron hacia la cercana Sonzacate, en donde en la mañana de enero 23 derrotaron a una unidad mixta de la Guardia Nacional y del ejército que los atacó. Luego se dispersaron, algunos yendo a reforzar a las fuerzas insurreccionarias en Nahuizalco e Izalco, pero otros permanecieron en el campo. Algunos de éstos eran trabajadores de hacienda ladinos (entrevista con Margarita Turcios, El Guayabo, 2001). En Ahuachapán no está del todo claro hacia dónde se fueron los rebeldes luego del ataque, pero parece probable que muchos de ellos se fueron a esconder. Las unidades de la Guardia Nacional en efecto persiguieron a los rebeldes de la Cumbre de Jayaque que atacaron Santa Tecla, pero el resultado (el número de muertos y la forma como murieron) no está claro. (Entrevista con Doroteo López, San Isidro, 1999, 2000); Salomé Miranda, *Sacacoyo*, 2001, Juan Miranda, *Sacacoyo*, 2001, Jesús Monterrosa, *Jayaque*, 2001.
- 28) General José Tomás Calderón, *Anhelos de un Ciudadano*, (San Salvador, 1942), 228.
- 29) Entrevista con Raimundo Aguilar, Cusamulco, 1999.

- 30) Entrevista con Pedro Lue, Sábana San Juan Arriba, 1998.
- 31) Entrevista con Jesús Velásquez, San Luis, Izalco, 2001.
- 32) Entrevista con Jesús Velásquez, San Luis, Izalco, 2001.
- 33) Entrevista con Alberto Shul, Nahuizalco, 2001.
- 34) Galindo Pohl, Recuerdos de Sonsonate, 433.
- 35) Entrevistas con Alberto Shul, Nahuizalco, 1999 y 2001; Entrevista con Ángel Olivares, Nahuizalco, 1998.
- 36) D. Rodgers a Grant Wilson, febrero 16, 1932, FO 813/23 no. 24 238/13a
- 37) Diario de El Salvador, 17 de febrero de 1932.
- 38) Diario Latino, 15 de febrero de 1932.
- 39) Bustamante, Historia Militar, 107.
- 40) MacNaught, "The Horrors".
- 41) MacNaught, "The Horrors", 25.
- 42) Galindo Pohl, Recuerdos de Sonsonate, 428.
- 43) Varias docenas de supuestos rebeldes fueron llevados a prisión en Sonsonate y en Ahuachapán. Dos años después algunos todavía estaban en prisión.
- 44) D. A Rodgers a Sir John Simon, San Salvador, febrero 25, 1932. Documentos británicos FO A 1643/9/8 123.
- 45) Milo Borges a Severo Mallet-Prevost, 19 de febrero de 1932, 816.00 Revolutions/134, Departamento de Estado, Academia Naval de los Estados Unidos [Siglas en inglés: USNA: United States Naval Academy. N. de T.]
- 46) Entrevista con Vicente Flores, Jayaque, 2001.
- 47) Carta al gobernador departamental de Sonsonate del coronel J. Antonio Beltrán, 11 de febrero de 1932, AGS. Jefe de Estado Mayor Presidencial. Beltrán emitió una nota similar el día anterior.
- 48) "Resumen General de Procedimientos de navíos H.M.C. mientras estuvieron en Acajutla, República de San (sic) Salvador, enero 23-31, 1932, PRO, FO, 371/5814, p. 13.
- 49) Entrevista con Manuel Linares, El Cacao, 2001.
- 50) Entrevista con Doroteo López, San Isidro, 2000.
- 51) Entrevista con Salomé Torres, El Cacao, 2001. El hecho de que Torres y Linares vivan en la misma área sugiere la posibilidad de que Linares estuviese meramente repitiendo la historia de Torres. Sin embargo, Linares tuvo en efecto un tío que estuvo involucrado en el movimiento izquierdista en La Labor (entre Atiquizaya y Ahuachapán), de quien afirma que le contó esta historia.
- 52) Respecto a la reacción oficial católica a la "amenaza" protestante y su relación con el "bolchevismo" véase Cardenal, El Poder Eclesiástico, 280-282.
- 53) Arno Mayer, The Furies: Violence and Terror in the French and Russian Revolutions (Princeton: Princeton University Press, 2000), 485.
- 54) A pesar de esto, en todos estos casos un cierto grado de racismo basado en el fenotipo habría jugado su papel. Las fuerzas civiles y militares podrían haber asumido erróneamente que estaban matando indígenas, de haberse al menos molestado en pensar acerca de esto. En raras ocasiones se molestaron en hablar con sus víctimas, y de este modo potencialmente discernir su acento.
- 55) Entrevistas con Alberto Ventura y Ricardo Carillos, Quezalapa, Panchimalco, 2001.
- 56) Diario Latino, 11 de febrero de 1932.
- 57) De Rodgers a Sir John Simon, FO, A1643/9/8, 123
- 58) Memorandum de William Cochran, no. 281, 10 feb. 1937, Departamento de Estado, Academia Naval de los Estados Unidos [Siglas en inglés: USNA: United States Naval Academy. N. de T.]
- 59) En Nahuizalco podemos estimar, basados en el reporte británico y en un amplio testimonio oral, que en las semanas que siguieron a la derrota del alzamiento, el ejército ejecutó entre 500 y 1000 personas, casi todas éstas indígenas varones de 12 años o más.
- 60) Un cálculo basado en un examen de registros de nacimientos que sugiere un número de muertes bastante por debajo de 10,000, está, no obstante, distorsionado por el desconocido número de relaciones coactivas y no coactivas entre las mujeres indígenas y otras durante el período que siguió a enero de 1932.
- 61) Méndez, Los Sucesos Comunistas, 76.
- 62) En otra corta sección, sin mencionar a Mata por su nombre, Méndez alude a un hacendado en El Canelo, quien escapó a caballo de una turba de 200 indígenas que estaban por tomarse las haciendas de la zona cuando debían regresar a Nahuizalco a confrontar a las tropas. Méndez, 104.
- 63) El Herald de Sonsonate, 7 de marzo de 1932.
- 64) Diario Latino, 13 de febrero de 1932.
- 65) Ranajit Guha, "The Prose of Counterinsurgency", en Subaltern Studies II, Ranajit Guha, ed. (Nueva Delhi: Oxford University Press, India, 1983).
- 66) Annual Report of War, Navy, and Aviation, 1932, traducido en el Confidencial US Diplomatic Post Records, Central America, El Salvador, 1930-1945, marzo 2, 1933.
- 67) Candelario, "Representación de lo irrepresentable", y "Patología".
- 68) Méndez, Los Sucesos Comunistas, 101; JEFF???: State 1933 reportando sobre el 32 informe de guerra, aviación, y El Diario de El Salvador, 7 de feb. 32? Citar artículo de donde se ha tomado esto.
- 69) El Diario de El Salvador, 27 de enero de 1932.
- 70) Enzo Traverso, The Origins of Nazi Violence (Nueva York: The New Press, 2003), 111.
- 71) Citado en Traverso, The Origins, 111-112.
- 72) El Diario de El Salvador, 28 de enero de 1932.
- 73) Traverso, The Origins, 90.
- 74) Aunque aparentemente hubo protestas cuando Calderón anunció 4800 comunistas liquidados, una revisión de The London Times, La Época (Madrid), Vossische Zeitung (Berlín), Le Populaire de Paris y periódicos de Europa occidental y de Latinoamérica, no descubre ninguna protesta diplomática.
- 75) The New York Times, 12 de marzo de 1932.
- 76) The New York Times, 13 de marzo de 1932. El hecho de que oficiales de los Estados Unidos simpatizaran con la enérgica represión del régimen de Martínez no detuvo al país de adoptar una postura de principios en contra del reconocimiento diplomático.
- 77) No hemos podido corroborar más declaraciones, aparte de la de Calderón, respecto al asedio de la embajada salvadoreña en la Ciudad de México. La izquierda mexicana estaba claramente indignada por las matanzas de comunistas en El Salvador, y distribuyó panfletos. El cónsul de El Salvador en México tuvo la audacia de hablar en un mitin anti-imperialista, en el que la izquierda desafió su racionalización del alzamiento y de la represión. De acuerdo al Excelsior de enero 28 de 1932, estalló "un tumulto entre partidarios de los dos grupos".
- 78) Véase La Hoz y El Machete: La Internacional Comunista, América Latina, y la Revolución en Centroamérica, de Rodolfo Cerdas Cruz (San José: Editorial Universidad Estatal a Distancia, 1986), 298-305, en relación a la reacción de la Internacional Comunista y del SRI respecto a la insurrección y a las masacres.
- 79) 15 de marzo de 1932, AGS.
- 80) Memoria del Ministerio de Fomento, Gobernación... (San Salvador: Imprenta Nacional, 1933), 8.
- 81) Entrevista con Alejandro Pérez Ortiz, Carrizal, 2002. El político que profirió estas palabras era un Dr. Morales.
- 82) Entrevista con Ramón Esquina, Tajcuilulaj, 1998.
- 83) "Declaración del Gobierno, Respecto a las Actuales Actividades Comunistas", reimpresso y traducido 816.00/983, 28 de junio de 1935, Departamento de Estado, Academia Naval de los Estados Unidos Academia Naval de los Estados Unidos [Siglas en inglés: USNA: United States Naval Academy. N. de T.]



# Memoria en movimiento

Experiencias sobre memoria histórica a través de audiovisuales dirigidos al sistema educativo y las comunidades indígenas.

por Georgina Hernández  
Milton Doño

En 1998 el Museo de la Palabra y la Imagen emprendió una investigación en el occidente del país sobre el levantamiento y posterior masacre ocurrida en 1932, con la intención de rescatar la memoria oral de quienes fueron testigos de la insurrección, así como de aquellos que sufrieron sus efectos. Carlos Henríquez Consalvi y Jeffrey Gould, se internaron en diversos cantones en búsqueda de ancianos sobrevivientes que brindaran sus relatos, de esta manera se fue desarrollando un trabajo de historia oral que contrastado con documentos permitieron reconstruir la historia de este fenómeno social.

El producto final fue el documental “1932, cicatriz de la memoria” que se convirtió en un sustantivo aporte a la comprensión de este fenómeno histórico. El presente artículo trata de indagar de que manera este audiovisual se transforma en un elemento constructor de imaginarios a partir de las lecturas que de él hacen los espectadores. Esta experiencia la queremos abordar partiendo de dos ámbitos: desde las comunidades que aportaron con sus testimonios y la del



uso del video documental como material de apoyo en las aulas escolares.

Estas experiencias se han sistematizado a partir de una serie de cine foros que el Museo de la Palabra y la Imagen ha realizado en todo El Salvador. En este trabajo retomamos el sentido de memoria dialógica aportado por Bajtin cuando asevera que “Hacer memoria no es copiar, remendar o duplicar un acontecimiento o experiencia pasada, sino generarlo, originarlo, revivirlo y rehacerlo. De este



*Atrapado por los recuerdos.*



modo cada vez que hacemos memoria nuestra versión del pasado se modifica, ya que no son simples descripciones imparciales de sucesos pasados; sino que la verdadera memoria histórica implica la elaboración de argumentos, explicaciones, interpretaciones, que interrogan, cuestionan, ratifican o defienden las construcciones que hacemos del pasado en una relación dialógica.”. Por tanto al hacer memoria histórica, estamos elaborando discursos ante un fenómeno pasado, del cual por miedo o imposición no se pudo discutir en su momento; se da un verdadero proceso de recuperación de memoria, cuando la comunidad trata de encontrar respuestas y explicaciones a estos sucesos. La dinámica iniciada con los cine fotos sienta las bases para la construcción de memorias colectivas sobre los sucesos de 1932, y por tanto la identificación con una historia en común y la construcción discursiva en la formulación de acciones de las comunidades acompañando la lucha por sus derechos económicos y culturales.

## La memoria toma la palabra.

La idea de hacer múltiples proyecciones del audiovisual en las comunidades indígenas, surge de la necesidad de entregar a los testificantes el producto final del trabajo investigativo, en el que ellos fueron voz protagonista. En estas comunidades sólo se hablaba de los sucesos de 1932 en la intimidad del seno familiar, la memoria estaba atrapada en el trauma colectivo que originó la masacre. Esto quedó evidenciado en cada visita a los sobrevivientes de la masacre en cantones de Nahuizalco, Izalco, Tacuba, la cordillera del Bálsamo entre otros. Los recuerdos individuales de cada testificante al entremezclarse fueron conformando una memoria colectiva. La coincidencia entre los recuerdos y los olvidos evidenciaron una fuerte memoria en los discursos articulados, pero al mismo tiempo, una memoria dispersa, pues los sobrevivientes y sus descendientes hablaron de manera individual en su espacio doméstico, rompiendo los efectos de la cultura del terror.

Algo interesante sucedió en las comunidades luego de haberse proyectado el documental, ya que los ancianos comenzaron a aportar nuevos datos sobre los sucesos de 1932, en una especie de catarsis colectiva al querer contar sus memorias ocultas anteriormente por el miedo; de ejercicios individuales de memoria se transformaban en memorias colectivas. Es así que surge un fenómeno de identificación, un “destapar la olla de los recuerdos”, cuando varias voces de ancianos sobrevivientes y sus descendientes, se suman al entramado de la memoria colectiva.

El hecho de afrontar la historia de la insurrección de manera comunitaria en reuniones cantonales, originó una especie de solidaridad y vinculación con otros testificantes, y generó el respeto de la comunidad hacia los ancianos que les transmitían retazos dispersos de la historia y es entonces, cuando el documental completa ese rompecabezas y dinamiza la transmisión intergeneracional de una memoria en movimiento.

*continúa en página 40*



# Cicatriz de la Memoria

DVD. 57 minutos

documental

El 22 de enero de 1932, miles de habitantes de la zona occidental de El Salvador se levantaron en armas, al menos 10,000 fueron los fusilados.

La capacidad de crear discursos a través de la visualización de este documental, nos hace pensar en el poder de la memoria histórica como generadora de una identidad que se forma en base a un cuestionamiento de su propia historia, y uno de estos cuestionamientos ha sido la histórica marginalidad a la que han sido relegadas las comunidades indígenas. En ese sentido el documental ha servido para articular los discursos reivindicativos de algunas asociaciones indígenas en la región de Los Izalcos, acompañando acciones sociales que reivindican el derecho a sus tierras comunales confiscadas, el acceso a la salud o la educación. En este sentido, otra iniciativa fue tomada por pobladores indígenas de Phustan, quienes presentaron un Recurso de Amparo ante la Corte Suprema de Justicia, por considerar que la forma en que se aplicó el Censo Nacional de Población 2007, invisibilizó a las comunidades indígenas y por lo tanto las podrían excluir de los planes nacionales de desarrollo.

En esa línea de acción social se observó cómo se dinamizaron actividades públicas de memoria acompañadas de acciones reivindicativas, una de ellas ha sido la conmemoración anual de los sucesos de 1932 en los poblados de Izalco y Nahuizalco, lugares cargados de simbolismo pues allí se ubican algunas de las fosas comunes donde fueron sepultados los fusilados, y cada año se convierten en rincón de la memoria y palestra pública para exigir un esclarecimiento de los sucesos, a la vez que se reivindica a parientes o vecinos asesinados, y además se han realizado foros de discusión, presentación de ancianos testimoniantes, exposiciones y ritos ancestrales. Incluso, en uno de estos eventos, ha surgido la idea de la constitución de una Comisión de la Verdad para el esclarecimiento de los sucesos de 1932.



Aula abierta:

la experiencia pedagógica.



Luego de los Acuerdos de Paz se produce una reforma educativa permitiendo en las escuelas el estudio de los movimientos sociales del siglo XX, entre los que destaca el levantamiento de 1932 y la guerra civil de los ochenta. A pesar de esta apertura, eran escasos los materiales didácticos sobre estos nuevos temas. En este contexto, la aparición pública del documental “1932, cicatriz de la memoria” produjo peticiones para ser presentado en numerosos centros escolares, donde se evidenció el papel proactivo de docentes y alumnos en la organización de los cine-foros. El espacio dedicado a las preguntas, permitió palpar el vacío que sobre el tema existía entre los docentes, y a la vez se detectó el sumo interés del alumnado, a partir de sus múltiples preguntas y reflexiones sobre el tema. Esto llevó a proponer una guía didáctica que articulara diversos temas relacionados con el 1932, como cultura de paz, movimientos sociales, resolución de conflictos y diversidad cultural, entre otros.



La guía didáctica vincula varios ejes temáticos que son abordados en las unidades planteadas en el programa estudiantil para tercer ciclo y bachillerato, y cada uno contiene conceptos que se desglosan



## La fuerza del testimonio.

teóricamente, con el fin de que el profesor adquiriera los elementos básicos antes de su aplicación. Al final de la guía se inserta un glosario de términos relacionados y se sugieren actividades para mejorar el entendimiento y la ejecución práctica.

Entre algunas actividades propuestas se incluyen ejercicios de recuperación de memorias locales por parte de los jóvenes ya sea a nivel familiar, de barrio o comunidad. Se sugiere entrevistar a los ancianos u otros miembros de la comunidad que puedan dar elementos sobre historia local, enseñándoles a valorar la memoria colectiva y la importancia de la tradición oral como fuente de información y conocimiento. La guía tiene como objetivo sugerir temas de análisis a partir del documental, reconociendo la estimulación de la imaginación y la creatividad de profesores y alumnos, elementos indispensables en el proceso de enseñanza-aprendizaje.

Desde el 2004 al 2007 se realizaron talleres con más de 370 maestros de escuelas públicas y privadas del occidente, oriente y zona central. En ese lapso, 16 mil jóvenes y maestros han participado en los cine foros organizados por el MUPI.

Producto de las actividades sugeridas en la guía didáctica, se ha multiplicado el flujo de las consultas de materiales bibliográficos y documentales en el archivo histórico del MUPI, que resguarda fotografías, libros, audiovisuales, y una exposición itinerante que apoyan la investigación sobre el tema.

La experiencia generada en los centros educativos nos llevó a crear otras guías didácticas para materiales audiovisuales sobre el conflicto armado, así como guías didácticas sobre literatura testimonial basadas en las ediciones del MUPI (Luciernagas en El Mozote y la Terquedad del Izote). Este contacto constante con profesores y alumnos, ha abierto una estrecha relación con el sistema educativo, fortaleciendo el papel de las instituciones culturales en su aporte a la educación. Dos nuevos productos ya están a la disposición del público joven: los dibujos animados basados en “Cuentos de Cipotes” de Salarrué, y el juego didáctico “Los Izalcos”, con los cuales seguiremos la misma dinámica participativa. Las reflexiones sobre las experiencias que hemos descrito, evidencian la relación de diálogo continuo entre las comunidades y el MUPI, a partir del papel activo que estas asumen en la elaboración de las propuestas culturales y educativas, donde la población tiene un papel protagónico en la construcción de “la historia desde abajo”.

Asistencia cine-foros del documental  
“1932 Cicatriz de la memoria”  
(agosto 2003 - agosto 2007)

**Tercer ciclo:** 2200 Alumnos  
**Bachillerato:** 5700 Alumnos  
**Universitario:** 2500 Estudiantes  
**Docentes:** 370 Maestros,  
directores de casas de la cultura  
y promotores culturales.

Publico general incluyendo  
miembros de comunidades  
indígenas 5200 participantes.

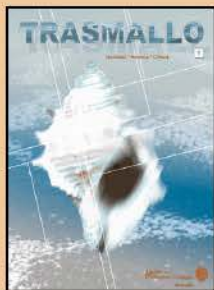
**Total registrado:** 16170 asistentes

Coordinación cine foros:

Milton Doño: 2275 4870, [mupi@museo.com.sv](mailto:mupi@museo.com.sv).

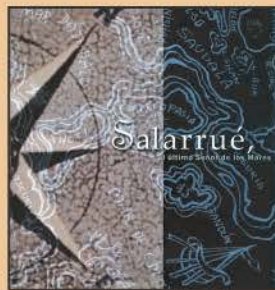
Encontrándose en el pasado.





### Trasmallo

En este número el lector encontrará una síntesis de los trabajos realizados por el MUPI desde su aparición pública en 1996, así como una muestra de los archivos e investigaciones que posee.



### Salarrué, el último señor de los mares

Catalogo de exposición que muestra una selección de pinturas y dibujos de la valiosa producción artística de Salarrué, el artista salvadoreño más importante del siglo XX.



### Morazán, recuerdos del futuro

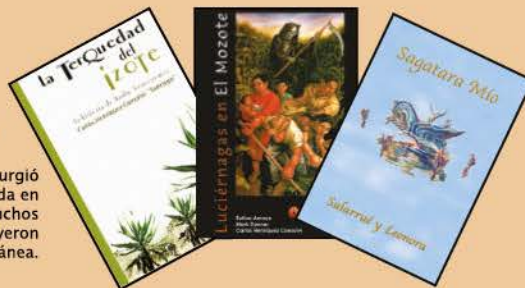
Imágenes la historia contemporánea de las comunidades de Morazán: sus alegrías, las luchas por defender sus derechos, las vivencias de la guerra, y los esfuerzos actuales por obtener una vida digna y con equidad.

# El mejor recuerdo:

## La memoria

### La Terquedad del Izote

Carlos Henríquez Consalvi, "Santiago" narra como surgió Radio Venceremos. En su libro nos cuenta su vida en las montañas de Morazán, y da tributo a muchos hombres, mujeres y niños que construyeron esa parte de la historia contemporánea.



### Sagatara mio

Mediante una serie de poemas y cartas seleccionadas del Archivo Salarrué, el lector conoce la historia de amor que vivió el escritor con la estadounidense Leonora Nicholson, una de las etapas desconocidas de la vida de Salarrué.

### Luciérnagas en El Mozote

Rufina Amaya junto a Mark Danner y Carlos Henríquez Consalvi, entrega un aporte fundamental a la Memoria Histórica de El Salvador.



### Los Cuentos de Cipotes de Salarrué.

El mágico lenguaje de los niños fue reflejado por Salarrué en su obra "Cuentos de Cipotes", y ese mundo es llevado a la magia de la animación por Ricardo Barahona.



### 1932, Cicatriz de la Memoria

Documental que muestra el testimonio de sobrevivientes de las comunidades indígenas, voces que forman la memoria oral sobre la insurrección de 1932.

## Muy pronto... el juego didáctico "Los Izalcos"

Cuentos de...

# Cipotes!

en dibujos animados

de *Salarrué*



DVD disponible  
en el MUPI y en librerías...

2275-4870

MUSEO de la  
Palabra y la Imagen

